El rincón de los niños

Patrick Modiano

En *El rincón de los niños,* su protagonista, un novelista que escribe un folletín para una emisora de radio, conocerá a María, una muchacha que podría ser su hija y en la que reconocerá restos de su propia juventud. No es un tiempo perdido sino un tiempo recuperado: el París del vodevil, las actrices venidas a menos, los paseos por la ciudad de noche, los mitos fijados en la infancia, prohibidos ya en la edad adulta. Y todo, no como el recuerdo que obsesiona, denso, sino como el aire que pasa entre las imágenes de lo que fue.

Patrick Modiano

El rincón de los niños

ePub r1.0
Bacha15 11.10.14

más libros en epubgratis.net

Título original: *Vestiaire de l'enfance*
Patrick Modiano, 1989
Traducción: Santiago Martín Bermúdez

Editor digital: Bacha15
ePub base r1.1

A Albert Sebag
A Danielle

La vida que llevo desde hace algún tiempo me ha sumido en un estado de animo muy especial. Apenas me atrevo a referirme a mi vida profesional, que en estos momentos se resume en bien poca cosa: la escritura de un interminable serial radiofónico, *Las aventuras de Luis XVII*. Puesto que apenas cambian los programas en Radio Mundial, me veo durante las próximas semanas añadiendo sin parar nuevos episodios de *Aventuras de Luis XVII*. Eso en lo que se refiere al porvenir. Pero aquella tarde, al volver del Café Rosal, encendí la radio. Precisamente era la hora en que Carlos Sirvent iniciaba ante el micro una de las múltiples aventuras de Luis XVII, tal como yo las había imaginado después de su evasión del Temple. El caer de la tarde, el silencio, la voz de Sirvent que leía mis guiones en lengua española para hipotéticos oyentes perdidos por Tetuán, Gibraltar o Algeciras —otro locutor podría haberlas leído también en francés, en inglés o en italiano, ya que Radio Mundial tiene emisiones en todos estos idiomas—, la voz cada vez más aterciopelada de Sirvent ahogada por parásitos, sí, todo aquello me llevó aquella noche —y que conste que no lo tengo por costumbre— a la reflexión.

Seguiré escribiendo *Las aventuras de Luis XVII* tanto tiempo como deseen en Radio Mundial. Me dan algo de dinero y también el sentimiento de no ser por completo un ocioso. Aquello carece de valor literario alguno, y estaría dispuesto a reconocer que la traducción española de mis textos hace más sombrío aún el estilo si mi preocupación actual fuera el estilo: ¿o es que no me ha confesado el secretario de Sirvent, encargado de traducir el *Luis XVII* sobre la marcha, que corta frases y cambia palabras, no por un prurito de perfección, sino para terminar antes? Sé muy bien que el calor en los despachos de Radio Mundial es agobiante en ocasiones, en especial cuando

hay que escribir a maquina, por eso le perdono su falta de respeto hacia mi prosa. He escrito en tiempos algunos libros cuya textura era menos descuidada, de superior calidad. Y sin embargo, aquella tarde, mientras escuchaba a Carlos Sirvent contar en español *Las aventuras de Luis XVII*, no podía dejar de pensar hasta qué punto ese tema, que he desperdiciado en un serial radiofónico, me afecta más que cualquier otro.

Es el tema de la supervivencia de las personas que han desaparecido, la esperanza de volver a encontrar algún día a quienes se perdieron en el pasado. No ha sucedido lo irreparable, todo va a volver a empezar como antes. «Luis XVII no ha muerto. Se encuentra en una plantación, en Jamaica, y vamos a contar su historia». Sirvent recita esta frase todas las tardes al empezar el guión y se oye una resaca marítima como ruido de fondo junto con unos suspiros de armónica. Se ha dejado caer ante el micro, con el cuello de su camisa azul completamente desabrochado, y aprovecha los intermedios para beber a morro ese agua mineral de la que nunca se separa, tan pesada e indigesta como el mercurio.

La sirven en garrafitas minúsculas en el Rosal. Un agua de las fuentes de tierra adentro. Hace un rato, después de comer, me encontraba yo sentado en una de las banquetas de molesquín del Rosal —molesquín rojo que contrasta con la madera oscura del bar, de las mesitas y de las paredes. Lo normal es que a esas horas no haya clientes. Duermen la siesta. Y los turistas no suelen venir por el Rosal. Cuando la vi, sentada junto a la reja de hierro forjado que separa el café del salón de los billares, no distinguí en el momento los rasgos de su cara. Fuera es tan fuerte la luz de sol que al penetrar en el Rosal uno se hunde en la oscuridad.

La mancha clara de su bolso de paja. Y sus brazos desnudos. Su rostro surgió de la sombra. No debía tener más de veinte años. No me prestaba atención alguna. Buscaba algo en el bolso, apoyado en la banqueta, junto a ella, y de vez en cuando resonaban en aquel silencio los brazaletes que llevaba en las muñecas. El barman se dirigió a ella con una bandeja de cobre en las manos en la que había una garrafita de agua y un vaso.

La muchacha llenó el vaso casi hasta el borde. No sé por qué, pero quise ponerle en guardia contra el especialísimo sabor de aquel agua mineral y la

desagradable sensación que se experimenta cuando la degustamos por primera vez, como el niño que aspira su primera bocanada de cigarrillo. Pero no le hubiera gustado tal vez que un desconocido se metiera en lo que no le importaba y le diera una lección. Se llevó el vaso a los labios y se lo bebió de un trago como la cosa más natural, sin fruncir en modo alguno el ceño.

Me parecía que ya había visto antes su rostro. Pero dónde. Ya estaba dispuesto a dirigirle la palabra cuando una especie de pudor me retuvo: yo tenía edad casi de ser su padre. Hasta aquella tarde nunca se me había ocurrido nada por el estilo, pero tenía que admitir que en los últimos años los niños habían crecido…

Dejó esparcidas unas cuantas monedas encima de la mesa y con paso suelto, sin haberse dado cuenta de mi presencia, se marchó entre el choquecillo de los brazaletes, mientras yo me quedaba solo al fondo de la desierta sala. Tal vez me había encontrado con ella en el tranvía que trepa por la cuesta del Vellado o en el que bordea la Corniche. ¿En la playa? ¿En el vestíbulo de Radio Mundial? ¿O tal vez me había fijado en aquella cara entre los turistas que se pasean por las callejas junto al Fuerte?

Tomé el tranvía, no me sentía con valor para subir andando hasta mi casa bajo aquel sol de justicia.

En la parada del Vellado me esperaba el chófer, sentado en un banco, a pesar de que aún estábamos al comienzo de la tarde. Le hice con el brazo una señal a la que respondió, y me vino siguiendo por toda la avenida Villadeval hasta el inmueble donde vivo, a una distancia de unos diez metros.

Por mucho que modere yo la marcha para que andemos uno junto al otro, él se queda atrás, fiel a las consignas que ha recibido. Era chófer de una americana que yo conocía desde mi llegada a esta ciudad y que me cobró afecto. Al final de una vida sentimental tempestuosa, se había retirado a un chalé por la Corniche. Hace tiempo que murió, pero en su testamento exigía que su chófer, a cambio de una pensión, vigilase en qué empleaba mi tiempo y se lo comunicara cada semana al secretario de la fundación que le dejó a la ciudad. Hago lo que puedo para facilitarle la tarea y le informo sobre la marcha de mis actos y movimientos, a veces con varios días de anticipación. Lo cierto es que el empleo de ese tiempo no varía nunca: unas cuantas horas

de trabajo en Radio Mundial, un poco de playa a primera hora de la tarde…

Él considera que su deber es esperarme todas las tardes en la parada del tranvía y seguirme hasta el inmueble. Así le queda tranquilidad de conciencia. A veces nos tomamos juntos un trago en un cafecillo de la avenida Villadeval. Hablamos de todo y de nada.

Me he acostumbrado a esta silueta que me espera todas las tardes en lo alto de la cuesta del Vellado. Pero eso no puede durar eternamente. Un día no estará ya ahí para vigilarme. Ya no habrá nadie. Tienen que pasar aún unos cuantos años, unos cuantos meses, y habremos llegado al final del siglo veinte.

* * *

En una de las terrazas del otro edificio, enfrente en la avenida, hay un hombre que hace gimnasia, como todos los días. Es superior a mí: por mucho que cierre mi ventana o vuelva la cabeza, acabo por fijar la mirada en él. Veinticinco minutos de gimnasia entre las nueve y media y las diez menos cinco, todas las mañanas.

Carlos Sirvent había entrevistado a aquel hombre cierta tarde para Radio Mundial, y yo había oído la charla. Hablaban en francés —Sirvent con acento español y el otro con un acento casi imperceptible cuyo origen no conseguí definir: ¿suizo, alemán, luxemburgués? Dijo que tenía ochenta años, pero su voz dejaba una curiosa impresión de intemporalidad: una voz sin una mínima inflexión humana y que se diría que funcionaba gracias a una prótesis. Había escrito numerosos volúmenes dedicados a la música alemana, al coronel Lawrence, a Alejandro Magno, a los jardines, a los minerales, a sus viajes por todo el mundo. Le explicaba todo esto a Sirvent con su voz metálica y este apenas tenía tiempo de decir una palabra o hacerle una pregunta.

Ahí está, en la terraza. A veces me permito observarle con los gemelos. Tan delgado y bronceado, parece un enorme insecto. Tiene el pelo blanco, con flequillo, y un rostro largo y huesudo cortado en una madera mate a la que ni un hacha podría hacer mella.

Un día encontré una de sus obras entre los libros de ocasión de la librería

del edificio Edward's Stores y lo compré por unos cuantos pesos. Era un volumen muy fino, con su cajita. Se llamaba *Grecia y Japón* y la fecha era 1938. Había un retrato suyo en la guarda: rostro lampiño, labios delgados, pelo negro hacia atrás. El ejemplar estaba dedicado, con tinta negra y escritura gótica, a un tal Pedrito, «matador de toros».

Estuve hojeando aquel libro, ilustrado con fotos de estatuas y templos griegos tomados a contraluz a fin de acentuar su carácter monumental, y otras fotos aún más sombrías de cerezos en flor y de soldados y barcos de guerra japoneses bajo un cielo agitado… El texto era de un estilo heroico y lapidario. Más tarde, en una mercería polvorienta cercana al puerto encontré otros libros suyos: *La flor de acero. Panteras y escarabajos. Arenas africanas, Engadine y Brasil, Canto fúnebre por Karl Heinz Bremer, Mármoles y cueros, Ausdem spanischen Suden…* Todos aquellos volúmenes estaban dedicados al misterioso Pedrito, «matador de toros».

Ya vivía en aquel pisito antes de la guerra, puesto que deja constancia en *Grecia y Japón* que terminó aquí ese libro. Una foto en su terraza, en cuyo balcón aparece un hombre de espaldas, con el torso desnudo —Pedrito, tal vez — ilustra *Ausdem spanischen Suden.*

Lleva una vida solitaria. Los refrigerios que le veo comer en su terraza son extremadamente frugales. Desde hace algún tiempo hace gimnasia por las mañanas en traje de baño de un color rojo vivo que contrasta con su piel bronceada y sus blancos cabellos. Los movimientos de brazos y piernas son cada vez más lentos, como en el yoga. Y cada vez le dedica más tiempo: ahora, ya casi hora y media.

* * *

Una mañana llegué a plantearme la posibilidad de cambiar de domicilio, tan agobiante me resultaba la cotidiana gimnasia de mi vecino. Los días sucederían a los días, monótonos, al mismo ritmo que los movimientos de sus brazos y sus piernas.

¿Iba a tener fuerzas para vivir más tiempo a unos cuantos metros de aquel

hombre? De nada servía razonar y decirme que se trataba de un escritor —«su cofrade», como decía Carlos Sirvent… La lectura de sus obras me producía el malestar que siente quien toca por descuido una fría piel de serpiente. Algo de aquella piel lampiña suya, de aquellos labios finos, de aquella gimnasia de viejo espartano, impregnaba los volúmenes que había dedicado a Pedrito.

Pero una brisa acariciaba las palmeras de Vellado Gardens y cambié repentinamente de estado de ánimo. Aquello carecía por completo de importancia. Nada tenía importancia. Bajaría al Rosal a tomarme un café, y si tenía valor suficiente no tomaría el tranvía de la Corniche y me iría andando hasta Radio Mundial…

Iba yo por la Mesquita Street, por la acera de la sombra. Eran las once de la mañana, había en el aire un frescor de océano y llevaba dobladas en el bolsillo tres hojitas que iba a entregarle a Sirvent: un nuevo episodio de las aventuras de Luis XVII. Desde tiempo atrás me sugería que las reuniera en un volumen para entregárselo al editor de la ciudad. ¿Por qué no? A condición de que el libro estuviera en español y estuviera firmado con el nombre prestado que elegí desde mi llegada aquí: Jimmy Sarano. De esa manera nadie podría relacionar a quien había publicado unas cuantas novelas en París con un serialista andaluz.

Pasé delante de los escaparates de la Cisneros Airways.

Allí estaba ella, tras una mesa. Escribía a máquina, vacilantes los dedos ante las teclas. Había momentos en que sólo utilizaba los dos índices. Después de meter otro folio en la máquina, lanzó un suspiro de cansancio y miró hacia la calle, pero no podía divisarme.

Desde luego, era la misma cara que había surgido de entre las sombras en el Rosal.

Si me quedaba ante el cristal iba a acabar por llamar su atención. Se puso otra vez a escribir a máquina, pero de una manera más irregular aún: un solo índice. Daba la impresión de apretar las teclas al azar.

A su alrededor había otros empleados que trabajaban detrás de mesitas metálicas. Algunos turistas, acodados ante la gran ventanilla, al fondo del vestíbulo, aguardaban sus billetes de avión. La mesa de ella era la más cercana al escaparate.

Una mujer morena, de unos cincuenta años, con la insignia metálica de la Cisneros Airways colgada de la blusa como una condecoración militar, recorría el vestíbulo y se colocaba frente a ella. No parecía darse cuenta de aquella presencia y continuaba apretando las teclas con un solo índice. Entonces se volvió con brusquedad. La otra debía estarle echando una regañina. Volvió a escribir, apretando las teclas con todos los dedos, mientras la morena, tras ella, vigilaba su trabajo. Al cabo de unos minutos, esta se alejó hacia el fondo del vestíbulo. El empleado que estaba en la mesa más cercana le lanzó una sonrisa irónica, vigilándola a su vez. Ella sentía aquella mirada fija y se esforzaba por escribir con los diez dedos.

* * *

Los días siguientes reconsideré con precisión los rasgos de su rostro. Decididamente, la frente y los ojos me recordaban algo.

Pasé delante de los escaparates de la Cisneros Airways una tarde en que, de nuevo, tenía que llevarle a Sirvent un episodio de las *Aventuras de Luis XVII*. Pero ya no estaba allí. La habían sustituido por otra chica en la misma mesa. Esta otra escribía a máquina muy deprisa, con los diez dedos. Apoyé la frente contra el cristal para comprobar si por casualidad ocupaba otra mesa, o si estaba tras la gran ventanilla, al fondo del vestíbulo. No. Reconocí a la morena que llevaba en la blusa la insignia de la Cisneros.

Por un momento sentí la tentación de preguntar por ella. La chica que la había reemplazado escribía cada vez más deprisa y sus dedos apenas rozaban las teclas. Sí, debieron de despedirla debido a la torpeza que demostró en su trabajo. Aquello no podía durar mucho tiempo.

Y más tarde me repetía a mí mismo: «Aquello no podía durar mucho tiempo», mientras observaba a mi cofrade desplegando una mesa de camping. Se ausentaría unos cuantos minutos y poco después regresaría con una silla de jardín y la colocaría a la derecha de la mesa; el plato, el cubilete y los cubiertos los depositaría encima de la mesa, y después la cacerola con la cena. Se sentaría, tieso el busto, los brazos pegados al cuerpo.

Nada puede perturbar ese ceremonial. El magro perfil de buitre y el busto se le recortan en el lienzo de la pared beis rosado de la terraza. Con ademán seco, se lleva el tenedor a la boca y mastica durante un buen rato. Cae la tarde, una tarde tibia que siempre me inspira un sentimiento de melancolía. El viento llena de murmullos las avenidas de la ciudad. En algún sitio una ventana abierta deja escapar una música radiofónica y la voz de un locutor árabe o español.

El chófer está tomando el fresco ante el portal de mi edificio, en un banco de la avenida Villadeval. Si me ve salir, lo anotará en su agenda y esperará mi regreso. Pero esta noche no voy a salir. Más vale que me quede inmóvil de una vez por todas. En adelante, ¿dónde puedo ir? Aquí he llegado al fin del mundo y el tiempo se ha detenido. Le echo un vistazo a mi cofrade de gestos mecánicos y masticar lento… Arenas africanas, Panteras y escarabajos… También su voz era mecánica —la voz de una grabación antigua— cuando, en Radio Mundial, recordaba para Carlos Sirvent sus libros de amarillentas páginas. ¿Pero es que se acuerda de veras de haberlos escrito?

* * *

Unos diez días después, a primera hora de la tarde, acababa de salir del despacho de Sirvent en Radio Mundial y me encontraba en el amplio pasillo de la primera planta. Al llegar a la escalera se me apareció de repente, de pie, inclinada la cabeza, detrás del cristal de uno de los estudios de grabación. Hablaba con Mercadié, uno de los directores de emisiones en francés.

Me senté en el sillón de cuero que hay frente al cristal. Tomé de la mesita un número de *Ondas*, la revista que edita Radio Mundial, donde de vez en cuando publico algún artículo. Iba a ojearla, pero no podía apartar la vista de ella y de Mercadié.

Habían dejado de hablar. Se diría que estaban escuchando algo, pero el cristal apagaba los sonidos. Mercadié tenía un cigarrillo colgándole de los labios y me sentí sorprendido al ver elevarse las volutas de humo en aquel estudio de grabación con cristal y paredes verde pálido como las de un

acuario. Sus gestos eran lentos. Mercadié tomó el cigarrillo entre dos dedos mientras apartaba el brazo en señal de impotencia. Ella levantaba la cabeza en dirección de él. Ambos movían los labios, los de ella más rápidos que los de Mercadié. Arrugaba el entrecejo, pero la cara de Mercadié aparecía lisa e impasible.

Se abrió la puerta y salió. Mercadié la seguía.

—Lo lamento —dijo—, pero por el momento no veo qué podríamos hacer.

—Qué le vamos a hacer… no tiene importancia —dijo ella.

Había sido suficiente que una puerta se abriera para que se encontrara allí, palpitante, a escasos metros de mí. Creo que hubiera tenido una impresión semejante si los personajes de una película muda hubieran salido repentinamente de la pantalla y se hubieran puesto a hablar.

—¿Se va a quedar mucho más tiempo aquí? —preguntó Mercadié.

—Sí.

—Deme su dirección. Nunca se sabe… Un día u otro puede haber algún trabajo para usted.

—Tal vez cambie de dirección —dijo ella—. Vendré a verle yo.

En cualquier caso, era francesa. ¿Pero dónde la había visto antes? Era el rostro lo que me recordaba algo. No la voz.

Con gesto ágil estrechó la mano de Mercadié. Llevaba su gran bolso de paja en bandolera, jersey de marinero con rayas azules y blancas y pantalón corsario.

—Hasta la vista —dijo—. Hasta pronto.

Pasó junto a mí sin prestarme la menor atención y desapareció por la escalera. Mercadié se volvió hacia mí, pensativo:

—Una pinta estupenda —dijo.

La vi salir de Radio Mundial. Atravesaba la explanada a pleno sol. Me quedé inmóvil un momento mientras seguía con la mirada su silueta perdida en medio de aquella desierta explanada. Debía de ser una ilusión óptica, pero su sombra se extendía tras ella, cada vez más larga, y la hacía aparecer tan chiquita, con su bolso de paja en bandolera…

Conseguí alcanzarla. Caminábamos uno junto al otro, sin decir nada.

—Hace calor.

—¿Usted cree?

Me había respondido con tono tranquilo, como si le pareciera natural mi presencia a su lado.

—¿Busca usted trabajo?

Levantó el rostro hacia mí y me ponderó con mirada al mismo tiempo desconfiada e irónica.

—¿Cómo lo sabe?

Tenía acento parisiense.

—Acabo de verla ahora, con Mercadié.

—No he tenido mucho éxito.

El tono era desenvuelto, pero percibí que se daba cierta importancia.

—A Mercadié le da miedo tomar iniciativas… Yo podría encontrar algo para usted… También trabajo en Radio Mundial…

—Es usted muy amable…

—¿Qué tipo de trabajo le gustaría hacer en la radio?

Se encogió de hombros.

—Lo que sea…

Enfilábamos la carretera de la Corniche.

—¿Baja usted a la ciudad? —le pregunté.

—Sí.

Llegamos a la parada del tranvía, una casita blanca en cuyo interior nos sentamos sobre una banqueta de madera clara, al fresco de la penumbra. Colocó su bolso entre los dos. En la pared había algunos carteles turísticos: fotos del centro de la ciudad, de la Corniche, del Fuerte. Incluso un viejo cartel de colores oscuros en que se veía el club Brooks con su piscina y su restaurante.

—Tengo la impresión de que lo único que le resulta difícil es escribir a máquina.

Lancé aquella frase en un tono indolente, que hubiera podido pasar por una observación sin importancia. Abrió completamente los ojos.

—No se inquiete usted. No soy de la policía. Cuando bajo a la ciudad por la mañana paso siempre delante de los escaparates de la Cisneros Airways.

Hice gesto de escribir a máquina con dos dedos, encima de la rodilla.

Me sonrió. Había desaparecido su desconfianza. También aquella sonrisa me recordó a alguien.

—Me echaron al cabo de una semana. Escribía cartas en francés.

—¿Es usted francesa?

—Sí.

—¿Lleva mucho tiempo aquí?

—Desde hace dos meses.

—¿Ha venido aquí a trabajar?

—No… por el sol…

Me sonrió de nuevo y buscó algo en su bolso. Vaciaba poco a poco el contenido, encima de la banqueta, entre los dos: horquillas, un pañuelo, cigarrillos, monedas, billetes de banco arrugados, un mechero, un pintalabias. Y una enorme cartera de piel de cocodrilo que me pareció insólita en sus manos. Después inclinó el bolso delante de ella. Salía un hilillo de arena que se extendía por el piso, mientras movía ligeramente el bolso, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, dibujando en el suelo una línea quebrada.

—¿Suele ir usted a la playa?

—Sí. Esa arena es terrible… Se mete por todas partes…

Ahora volvía a colocar aquellos objetos, uno a uno, en el bolso. Me tendió uno de los cigarrillos que había dejado encima de la banqueta y tomó uno para ella. Me acercó la llama del mechero.

Se encendió el cigarrillo. Se puso a toser como si fuera la primera vez que fumaba, y de repente parecía más joven. Tiró inmediatamente el cigarrillo al suelo y lo aplastó con la punta del zapato.

—¿Usted también es francés? —me preguntó.

—Sí. Pero he abandonado Francia definitivamente.

Lamenté el tono algo solemne de aquella respuesta. Pero ella no le había prestado atención. Estaba colocando en su bolso la cartera de piel de cocodrilo.

Estábamos en la hora baja de la tarde y el tranvía no llegaba. Esperábamos el uno al lado del otro en aquella salita en que el sol derramaba una luz anaranjada a través de la persiana de tela desgastada. Siempre se apoderaba de mí, al salir de la radio, una sensación de vacío, allá en medio de la

explanada y a todo lo largo de aquella carretera, hasta la parada del tranvía. A esta temprana hora de la tarde el barrio aparecía desierto, un barrio excéntrico de reciente construcción con plazoletas y algunas avenidas bordeadas de chalés. Prefería esperar en Radio Mundial, en compañía de Carlos Sirvent y los demás colegas, a que fueran las seis para volver a la ciudad, porque aquellos comienzos de tarde me provocaban aprensión y un sentimiento de soledad.

—¿Qué hace usted en la radio?

—Escribo un serial que lee todos los días un locutor.

—¿Cómo se llama?

—*Las aventuras de Luis XVII*.

Tenía la impresión de que hablábamos muy fuerte o que una caja de resonancia amplificaba el sonido de nuestras voces. La suya, en cualquier caso, era tan clara… Tal vez era porque hablaba francés y yo no había oído a nadie hablar realmente en francés desde hacía mucho tiempo. Mercadié, Annie Morène, Molitor —aunque este último era belga— y tantos otros colegas que frecuentaba en Radio Mundial se expresaban todavía en su lengua materna, un francés oscuro, sintético, como las voces que salen de los altavoces en los aeropuertos internacionales. Se habían marchado de Francia hacía tanto tiempo… Ademas, en esta ciudad se hablan tres o cuatro idiomas que se mezclan entre sí y cada uno acaba siendo un híbrido. Los nombres de las calles, por ejemplo, presentan a menudo una alianza de sonoridades inglesas y españolas: Mesquita Street, Castillo Crescent…

—¿Y usted? —le pregunté—. ¿Es de París?

—Sí.

—¿En qué barrio vivía usted?

—Por la place Clichy.

Place Clichy. Un inesperado sonido en aquel rincón. Reviví aquellas películas americanas en que el croupier de un casino de Florida dice en francés, en tono cortante: «Faites vos jeux. Rien ne va plus».

Éramos los únicos viajeros del tranvía. El conductor nos había echado una mirada de reproche: con gente así no hay manera de echarse la siesta. Las tres de la tarde. Sabía que abajo las calles estarían desiertas, las tiendas cerradas

y que me arriesgaba hasta a encontrarme, en la puerta del Rosal, aquel cartelito: «Cerrado por el momento». Pero aquello carecía de importancia: hoy no estaba solo. Al subir al tranvía había apoyado, con ademan protector, una mano en su hombro.

¿Por qué llamaban tranvía a aquellos autobuses tan parecidos a los de Londres? Habían sustituido a los antiguos tranvías, cuyos raíles permanecían aún en la carretera de la Corniche que ahora descendíamos con lentitud. Alla arriba, tras una fila de palmeras, divisé el chalé donde solía visitar a la americana. Había establecido que lo transformaran en museo después de su muerte, para reunir allí toda su colección de cuadros. Desde entonces, las guías publicadas por la oficina de turismo se referían a aquel museo, que los turistas podían visitar por la tarde, de las catorce a las diecinueve horas, y a la mecenas «de nacionalidad americana, una gran dama, bienhechora y ciudadana de corazón de la ciudad».

—¿Dónde vive usted?

Estaba buscando algo en su bolso. Vaciló un momento antes de responderme.

—Vivo en un hotel junto al Fuerte.

—¿Piensa usted quedarse mucho tiempo?

—Sí. ¿Por qué no?

Había sacado del bolso unas gafas de sol y después de ponérselas se volvía hacia mí, como si me preguntara si le sentaban bien aquellas gafas. La montura resultaba algo pesada sobre aquel rostro. Una niña que juega a ser mayor después de haberle tomado prestadas las gafas de sol a su madre.

El tranvía se detenía en todas las paradas: Monasterio, Marsham, Bergel del Bol, y en cada ocasión esperaba en vano unos cuantos minutos. Penetró en la ciudad por la avenida Pasteur y seguíamos siendo los dos únicos viajeros.

—¿Por dónde vive usted? —me preguntó.

—En la parte alta. Hay que subir todo derecho por la calle donde está la Cisneros Airways.

Al oír este nombre sonrió ligeramente.

—¿Pero por qué quería usted trabajar allí? ¿Necesitaba dinero?

—Sí.

—¿Tenía usted trabajo en París?

—No.

—¿Tenía familia?

—No.

Nos bajamos en la parada de Cordonel Place. Me sorprendió que me siguiera, hubiera podido seguir en el tranvía hasta el Fuerte. Con aquel sol las calles estaban vacías, como de costumbre, y yo buscaba un pretexto para retenerla todavía un momento a mi lado, el tiempo suficiente para terminar aquella travesía del desierto que son para mí los primeros momentos de la tarde.

—¿Le apetece beber un zumo de frutas mientras esperamos a que haga algo menos de calor?

—Si usted quiere.

Esperaba que el cartelito de «Cerrado por el momento» no apareciera colgado a la entrada del Rosal. No había otros sitios por los alrededores donde refugiarse. Pero no. La puerta estaba entreabierta.

Nos sentamos al fondo de la sala, en la mesa donde la había visto por primera vez. Colocó el bolso de paja junto a ella, en la banqueta de molesquín rojo. Sentía la impresión de revivir la misma escena. Había vuelto hacia atrás en el tiempo. ¿Hacia atrás? ¿Pero qué había sucedido desde entonces? Los mismos gestos, los mismos trayectos de mi domicilio a Radio Mundial, dos o tres capítulos más añadidos a las *Aventuras de Luis XVII* sin que por ello varíe el curso del serial, los movimientos de yoga de mi cofrade en la terraza, su mecanismo en el brazo para llevarse el tenedor a la boca…

No había nadie en el bar. Fui a buscar una botellita de agua y dos vasos. Llené el suyo.

—Cuidado… Este agua tiene un gusto raro cuando no se tiene costumbre.

Se quitó las gafas de sol.

—Tengo costumbre.

Era el tono de un niño que no quiere que le den lecciones. Se echó un buen trago, sin pestañear.

—¿De veras le parece que tiene un gusto raro? —me dijo una pizca desafiante—. A mí me gusta este agua.

—Entonces es que ya no es usted una simple turista.

Me miraba fijamente a los ojos.

—¿Y usted, por qué ha abandonado Francia definitivamente?

Estaba sorprendido de que se acordase tan bien de los términos que había utilizado un rato antes.

—Quería cambiar de aires…

Tenía aún fija la mirada en mí y aquella respuesta parecía sumirla en un abismo de perplejidad.

—Ya mí lo que me interesaría saber es por qué ha venido usted a parar aquí —le dije yo.

Aparentemente no tenía la menor intención de confiarse a mí.

—Si no entiendo mal, usted tiene la intención de establecerse en nuestra ciudad.

—¿Por qué no?

—Normalmente, los extranjeros que vienen aquí a exiliarse lo hacen como final de trayecto… Pero usted… a su edad…

—¿Está usted al final del trayecto? —me dijo con una amplia sonrisa.

También sonreí yo y levanté mi vaso de agua mineral. Ella levantó el suyo. Brindamos.

Las tiendas estaban abiertas y había gente por las calles. Quería volver a su hotel antes de las cinco. ¿Una cita? ¿Tenía amigos en la ciudad? Me fue imposible no preguntárselo.

—Apenas —me dijo.

¿Qué escondía aquella palabra tan vaga: apenas?

Me dijo que iba a tomar el tranvía y me ofrecí a acompañarla hasta la parada. Íbamos por Mesquita Street y pasamos delante de los escaparates de la Cisneros Airways.

—¿No echa usted de menos su mesa?

Me había detenido y le señalaba con el dedo la chica que escribía a máquina, detrás de la mesa más cercana al cristal.

La mujer morena estaba inclinada encima de su hombro. Llevaba un cigarrillo entre el pulgar y el índice y en la blusa le brillaba aún la insignia metálica de la Cisneros Airways. Estaba leyendo a medida que la otra escribía

con sus infatigables dedos.

—Nosotros les vemos, pero ellos no nos ven —me dijo—. Los cristales son opacos en el interior.

—Lo normal es que sea al contrario.

—Sí, pero se trata de que lo que pasa en la calle no nos distraiga ni un segundo de nuestro trabajo.

Bromeaba adoptando un tono autoritario que sin duda era el de la morena con la insignia metálica.

—Cuando usted me miraba, yo no le veía —me dijo, y tiró de mí con una ligera presión de su mano en mi brazo.

En la parada del tranvía pensé que estaba a punto de desaparecer de mi vida, de un momento a otro.

—Convendría tal vez que me diera usted su dirección por si encuentro trabajo para usted en Radio Mundial.

—De acuerdo.

Saqué un bolígrafo y una hojita de papel del bolsillo interior de la chaqueta y se los di.

—Hay algo que me intriga… Tengo la impresión de que ya la he visto antes, en alguna parte…

—Yo no.

Escribía con lentitud, como un colegial aplicado, y apoyaba la hojita contra el tabique de la parada. Después lo dobló en cuatro y ella misma lo deslizó en unos de los bolsillos de mi chaqueta, con la mano ágil de un carterista.

—Tal vez nos hemos visto antes en place Clichy —dijo.

Ya en el tranvía, consiguió sentarse en un sitio libre, justo detrás del conductor. Había dejado el bolso encima de las rodillas y se había quitado las gafas de sol. El tranvía permaneció aún unos cuantos minutos en la parada. Ella apoyaba contra el cristal su rostro de ángel.

* * *

Había escrito lo siguiente: Marie, sin apellido, y la dirección: hotel Alvear, Inguanez Street.

Es probable que en la recepción de aquel hotel Alvear no la conocieran más que como Marie. A menos que no haya tenido que entregar el pasaporte. ¿Pero acaso tenía pasaporte? ¿Qué había que preguntar si llamaba por teléfono o me presentaba en el hotel? *¿La señorita*[1] Marie?

Es un nombre muy corriente. Intenté recordar si conocía alguien que llevara aquel nombre. Busqué en vano a quién me recordaban su frente y sus ojos. Había perdido la costumbre de aquellos ejercicios memorísticos desde que vivía en una especie de intemporalidad —o más bien, según la expresión de Carlos Sirvent—, de eterno presente.

Aquí no hay nada que me evoque mi pasado ni el de las pocas personas en las que me inspiraba para mis libros, cuando yo vivía en Francia. Me sorprende escribir todavía en francés a pesar de este idioma heteróclito que se habla a mi alrededor y que consigue borrar los recuerdos por completo. El único pasado que me interesa, y cuyas huellas he descubierto, aparece mitológico: escudos de armas todavía visibles en ciertas fachadas del barrio del Fuerte, el Elefante y la Rosa de los Malatesta, el León de los Badoer, la Sirena de los Lusignan, el Aguila de los Montferrat, que son testimonio de la historia de esta ciudad, lo mismo que el cementerio donde conviven las tumbas de viejas familias genovesas, españolas o griegas.

Por supuesto, también está ese hombre que me aguarda por las tardes junto a la parada del tranvía. Al principio se me aparecía con el aspecto de un centinela que permaneciera siempre inmóvil por fidelidad hacia la americana y hacia una época caduca. Pero desde entonces mantengo con él una relación más amplia y cuando echamos un trago juntos en la terraza del café de la avenida Villadeval, me habla de su mujer y sus hijos. ¿Y el viejo insecto que hace gimnasia, todos los días en traje de baño rojo? La verdad es que también él podría sumirme en el pasado mediante una de sus obras: *Canto fúnebre por Karl Heinz Brener*, impreso en papel de mala calidad, con manchitas de moho, edición de enero de 1944. Hay una foto en el libro. Podemos reconocer al autor del *Canto fúnebre* acompañado por ese tal Karl Heinz Bremer y todo un grupo de escritores franceses de por entonces. Ahí están, de pie, en el andén

de una estación. Han decidido ir a un congreso sobre literatos europeos en Weimar. No se les volverá a ver más. Que se vayan a Weimar, a Moscú o a cualquier otro destino, eso carece de importancia. Si le echo un vistazo a este documento, es como un entomólogo que contemplara a través de su lupa una especie de mariposas desaparecidas. Da igual que me repita a mí mismo que esos escritores franceses son mis cofrades… Tal como aparecen en la foto para la eternidad, sería difícil determinar a qué sexo pertenecen. El grupo se divide en dos tipos de morfologías: los gordos mofletudos, imberbes y de culos fluctuantes y gafas redondas, y los demás: tiesos, rostros lampiños, lisas pieles, labios apretados o sinuosos. No hay más que verlos en el andén de esa estación para darse cuenta de que no saben nada de la vida, que nada les ha hecho mella aún: ni el amor ni el sufrimiento… Van a morir vírgenes. Como casi todos nosotros, me repite Carlos Sirvent siempre que le enseño aquella foto, y siempre me lanza una bocanada de su Partagás a la cara.

También yo conservo, en una maleta que no he abierto desde que salí de Francia, un montón de viejos papeles que se refieren a mi vida anterior. Aquella noche me pregunté si no era ocasión de consultados. Pudiera ser que, al hojear una agenda, me encontrase con la persona que tenía la misma frente y los mismos ojos que esta muchacha. Pero apenas había arrastrado aquella maleta de cuero verde hasta el centro de mi habitación, me invadió el desánimo. No, no tenía fuerzas para examinar todo aquel archivo. Los colores del crepúsculo aparecían demasiado dulces con la sombra de las palmeras en las claras fachadas de los edificios… Preferí tenderme en la terraza y adormecerme con el rumor de la calle. ¿Para qué demonios volver hacia atrás cuando uno puede vivir —según la expresión de Sirvent— un eterno presente? Encendí uno de los cigarrillos «Alazán» de sabor opiáceo. Estaba tendido en mi colchón neumático, con la mirada fija en el rosáceo oscuro del cielo, para evitar así el espectáculo, al otro lado de la avenida, en aquella terraza, del insecto con bañador rojo royendo su refrigerio vespertino.

Los ojos y la frente de esta Marie eran suyos, eso es todo, y no los de nadie más.

Una música apagada, murmullos de conversaciones, unas risas, todo aquello me mecía, y también la voz sorda de Carlos Sirvent en Radio Mundial

que, como todas las tardes a las siete y media anunciaba: *Las aventuras de Luis XVII*.

* * *

Las calles del barrio del Fuerte poseen su propio encanto. Algún día dejaré la parte alta del Vellado y me iré a vivir en una habitación en pleno centro de aquella maraña de casas, que constituyen una medina. También esas calles van a parar a plazas a la italiana, en cuyo centro mana una fuente o se yergue una estatua ecuestre. Algún día vendré a perderme por aquí. Dejaré mi trabajo en Radio Mundial y la redacción de mi serial para escribir la historia de esta ciudad, una especie de anuario donde aparecerán catalogados todos los blasones medio borrosos de las paredes del Fuerte y de algunas moradas patricias, todos los nombres de las familias que aún pueden leerse en las tumbas del cementerio. Y si consigo culminar una tarea semejante, habré dicho todo lo que tenía que decir.

Pero aquella mañana me limitaba a buscar el hotel Alvear. Lo descubrí por fin en una placita desierta, pegando al Fuerte. Había veladores y jardineras ante la fachada revocada en granate. Un tipo moreno con gafas y camisa verde de manga corta estaba apoyado en el mostrador de recepción. Vacilé un instante:

—*La señorita…*[2] Marie —pregunté.

Levantó la cabeza y me ponderó con gesto desconfiado.

—¿La francesa?

—Sí. La francesa.

—Se fue esta mañana, muy temprano. Pero volverá.

Hablaba francés con acento apenas perceptible y en un tono desprovisto por completo de amabilidad.

—¿A qué hora volverá?

—Volverá.

Daba la impresión de que se estuviera conteniendo, como si yo le provocase.

—Volverá porque me he quedado con su pasaporte.

Se había levantado y cruzado los brazos en actitud amenazadora.

—¿Su pasaporte?

—Sí, su pasaporte. Hace quince días que no paga la habitación.

—¿Y cuánto le debe?

—¿En francos franceses?

—En la moneda que prefiera.

Se volvió a los casilleros de madera clara de los que colgaban grandes llaves y sacó una ficha del número 17.

—Me debe quinientos setenta y tres francos franceses.

Busqué en los bolsillos para juntar unos cuantos billetes de banco: dólares, libras esterlinas, pesetas, francos, monedas todas ellas que se aceptan aquí sin ajustarse demasiado.

—Aquí tiene.

Dejé encima del mostrador un billete de quinientos francos y otro de quinientos dólares que él ponderó frunciendo el ceño.

—Me da usted de más, caballero.

El tono era más amable ahora.

—Es un anticipo —le dije—. Puede usted devolverle el pasaporte. Confío en usted.

—Por supuesto, caballero.

Echó mano de los billetes con vivacidad, como si los tomara al vuelo, y los sumió en el cajón de su mesa. Ahora me echaba una mirada llena de complicidad.

—¿Una monada, ¿verdad?

Por un momento pensé que me iba a dar una palmada en la espalda y a felicitarme por mi buen gusto.

—Soy su tío —le dije.

—Ah… Discúlpeme, caballero…

Miré a mi alrededor. Una escalera estrecha cubierta con una alfombra roja. Las hélices del ventilador en el techo de la recepción estaban detenidas. Encima de los casilleros de madera clara había un cartel parecido al otro que decoraba el interior de la parada del tranvía de la Corniche, una foto aérea de

la playa y del Fuerte bajo la que aparecía escrito: *La Perla del Sud*[3].

—¿He de decirle algo de su parte cuando vuelva?

Se asomaba por encima del mostrador de la recepción, como si quisiera atrapar mi atención.

—¿Le digo que ha venido su tío?

Tardé un momento en responder. El verde de su camisa, un verde brillante —de satén— contrastaba con la lechosa piel de sus brazos.

—Sí… su tío.

Salí del barrio del Fuerte y bajé hacia la playa por Calistoga Avenue, bordeada de casas blancas con miradores. Siempre que bajo por la cuesta de Calistoga Avenue termino por no saber muy bien dónde me encuentro, y me pregunto si aquel mar de abajo no será el océano Pacífico.

Me sentí invadido por una sensación, la misma que experimentaba de niño, el primer día de vacaciones, cuando llegaba detrás de la blanca pared del casino y las barreras también blancas de los campos de césped por encima del mar, una sensación tan fugaz como el reflejo del sol en un espejo, que nos deslumbra durante una fracción de segundo.

Penetré en el antiguo Club Brooks. No le separaba de la playa más que una cerca de bambú. Una piscina y, en la parte de atrás, el bar de paredes blancas, con techo de tejas rojas y patio exterior. Entre el Club y el mar había macizos de eucaliptos que protegían del sol. Me eché a la sombra de uno de ellos, en un declive, junto a la playa.

A menudo vengo aquí por la mañana y a la hora de comer antes de subir a la radio. Nunca hay nadie junto a la piscina. El viejo Brooks no aparece en las guías de la ciudad y ahora se puede entrar sin ser miembro del Club y sin pagar entrada. Las cercas de bambú derribadas indican que ahora cualquiera puede bañarse en la piscina.

Contemplaba la playa y el cielo por una abertura entre los eucaliptos. El plateado fuselaje de un avión atravesaba en silencio aquel límpido cielo, volaba demasiado alto para que se pudiera oír el ruido de los motores. Iba más lejos aún que el sitio donde me encontraba yo en esos momentos, más allá de ese mar y esa playa desierta bajo el sol. Se deslizaba hacia el horizonte, ya no era más que un granito de polvo centelleante en el azul del cielo.

Aguardaba el paso de algún otro avión. Era mi única preocupación en aquellos momentos. Me siento desvinculado de todo. Aquellos fuselajes plateados aparecían a intervalos más o menos regulares. Sin duda siguen la ruta de la vieja Aeropostal: Río de Oro. Cap-Juby. Villa Cisneros. Fort-Étienne… En cada ocasión me parece oír uno de esos Latécoére de ligero zumbido disminuyendo poco a poco.

* * *

El edificio de la Radio es blanco, largo, de un solo piso, con amplios ventanales y con su explanada que le da un carácter monumental. Aquella explanada, en medio de la cual se yergue un pedestal sin estatua, contribuye a la sensación de vacío que experimento por la mañana temprano, o al ponerse el sol, en los pasillos y las oficinas sumidos en el silencio.

No he entablado auténticas amistades en Radio Mundial, excepto con Carlos Sirvent, pero hasta él es bastante huidizo… Con el tiempo que hace que colaboramos en las *Aventuras de Luis XVII*, nunca me ha invitado a ir a su casa y lo ignoro todo de su vida privada. Y él no me pregunta nada sobre la mía o mi pasado. Alguna alusión, apenas, a uno de mis libros: ha encontrado una traducción española en la biblioteca de la Radio —un volumen impreso hará unos diez años y cuyas paginas no están aún tan amarillentas como las del *Canto fúnebre por Karl Heinz Bremer* y *Grecia y Japón*, de mi cofrade del bañador rojo… Pero el tiempo proseguirá su lento trabajo de desgaste. Con al menos una diferencia: yo no haré nunca gimnasia en una terraza, como aquel insecto.

Hubiera podido llegar a más estrechas relaciones con los compatriotas míos que se dedican a las emisiones en francés, pero mantenemos una reserva tal entre nosotros que me pregunto si saben que soy francés y que he escrito libros. Ni una palabra en relación con la vida que llevaban en Francia o los motivos que les llevaron a expatriarse. ¿Conocen mi verdadera identidad? Desde que vivo aquí y trabajo en Radio Mundial me llamo Jimmy Sarano. Aparentemente, ellos han conservado sus nombres verdaderos:

Annie Morène, Jacques Boyard, Maitrot de la Motte, Millaire, Chalvet, Turenne-Paillard, Mercadié, Simone Delorme, Jacques Lemoine, Jacques Rémy, Chopitel, Marcel Guéline.

Y sin embargo, aquellos locutores y realizadores franceses de Radio Mundial llevan en sus rostros, cuando el cansancio propicia en ellos un relajo, las huellas de una falta que han cometido, de un error inicial cuyo peso arrastraran hasta el fin. Varios de ellos tienen apenas cinco años más que yo, y aseguraría que Chopitel, Jacques Rémy y Marcel Guéline son más jóvenes.

Al principio preferí el servicio de emisiones españolas que dirige Carlos Sirvent, a pesar de mi falta de experiencia en ese idioma.

Se trataba de evitar a los franceses. Pero hoy me da igual. Sé que no tenemos necesidad de intercambiar confidencias, todos vamos de lo mismo. Si estamos trabajando en Radio Mundial es porque un día, en nuestras vidas, ha habido un accidente. Y ahora quiero decir un par de cosas en relación con mi propio caso: he venido a exiliarme aquí para aligerarme de un peso que aumentaba con los años, y de un sentimiento de culpabilidad que intentaba expresar en mis libros. ¿Culpable de qué? Durante mucho tiempo tuve idéntico sueño: una noche, un coche se hundía en las aguas del Marne. Yo había conseguido salvarme por un pelo, abandonando a la persona que estaba conmigo. Inmóvil en uno de los pontones de la orilla, miraba cómo se hundía en el agua; lentamente, aquel coche, y yo no esbozaba el menor gesto. Hoy día ya no sueño con nada.

Las emisiones en francés se mantienen toda la noche en antena, y para alternar con los programas de variedades o de música clásica, les entrego a mis compatriotas unos textos, diferentes en cuanto a la forma, de las *Aventuras de Luis XVII*, aunque no en el espíritu, que hemos bautizado como *Llamadas en la noche.*

Se trata de tres cuadernos donde había copiado nombres propios, direcciones, algunos avisos, nombres de caballos de carreras, los de sus jockeys y sus propietarios, anuncios publicitarios, declaraciones de quiebra y un montón de cosas más, todo ello mediante la consulta de periódicos antiguos… Desde las doce de la noche hasta las seis de la madrugada, Mercadié, Simone Delorme o Jacques Lemoine leen fragmentos de esa enorme

agenda obsoleta ante el micrófono de Radio Mundial. Lo hacen durante unos diez minutos, después de cada boletín informativo.

A esas horas las voces de los locutores son nítidas y resaltan en un silencio limpio de cualquier parásito. Comprendo entonces por qué yo no puedo escribir novelas, por qué he renunciado a la literatura. En adelante escribir será eso, rellenar cuadernos como los tres anteriores, con todos aquellos detalles heteróclitos y olvidados que un locutor lee con voz precisa y que despertarán tal vez un eco en alguien, allá en París, o en el otro extremo del mundo, si llega a captar esta lejana emisión. Todos los días espero la carta de un oyente desconocido en respuesta a la invitación que Mercadié repite ante el micro siempre que lee un pasaje de mis «cuadernos»: A cualquier persona que pueda aportar otros detalles sobre estos asuntos: por favor, escríbanos.

Sí, son llamadas que envío entre dos carreras de caballos y jockeys ya desaparecidos: lunes 21 de septiembre. Premio del Adriático. John Bull, de monsieur M. Pupier, jockey A. Dupuit. Cyclotron, de monsieur M. Fabiani, jockey Bertiglia. Géraldine, de monsieur P. Foucret, jockey M. Berthés. Lovelorn, del barón S. de López-Tarragoya, jockey G. Duforez. Estrella de la tarde, de monsieur Julien Blin. Ducat, de madame Rousse. De madame Palmieri, jockey Dornaletche…

Es demasiado tarde para apostar. Hay ciertas cosas que han quedado en suspenso, no sabemos qué ha pasado con tales o cuales personas. Perdido perro blanco, barrio Pigalle, muy corto de patas. Collar negro. Buena recompensa. Hotel Radio, bulevar de Clichy número 64. Perdido perro blanco, barrio Pigalle…

* * *

En la explanada, delante del Fuerte, hay siempre mucha animación a eso de las diez de la noche, y están muy solicitadas las mesas y las sillas de rejilla de la terraza del Lusignan.

Hasta aquella noche, no me había sentado nunca en la terraza del Lusignan.

Demasiados turistas. Demasiados extranjeros, entre los que corría el riesgo de tener malos reencuentros. Sí, me daba miedo encontrarme en presencia de gente que hubiera conocido en París. Resulta desagradable negar la propia identidad de uno a alguien que acaba de darte una palmadita diciendo: «Qué alegría volverle a ver». Y tú te quedas imperturbable: «Caballero, creo que se trata de una equivocación…». El otro cree que estás bromeando, abre por completo los ojos con una expresión de desconcierto. El mundo empieza a resultarle inseguro: «¿Pero está usted seguro que…?». «Completamente». Aún se agarra a una última certidumbre: «Pero si tiene usted la misma voz…». Te encoges de hombros: «Lo siento, caballero. Se ha equivocado usted». Entonces, poco a poco, suelta la presa. Y ahí acaba todo. A veces, un balbuceo: «Es increíble cómo se le parece usted», y entonces se aleja mirando hacia atrás, sin apartar la mirada de ti, como si fueras un espectro. En ese momento me gustaría darle en el hombro y decirle: «Pero hombre, claro que soy el que tú crees… Te he desconcertado, ¿a que sí?». Y sin embargo me quedo clavado allí mismo.

Pero cuando voy por el barrio del Fuerte, he de confesarlo, paso a menudo demasiado cerca del Lusignan. No puede estar uno al acecho todo el santo día.

Aquella noche bordeaba la primera fila de mesas de la terraza. Tenía que abrirme paso por entre los grupos que se habían formado en la explanada alrededor de músicos ambulantes, tragasables y vendedores de yo—yo luminosos. Fui yo quien la vio antes, en una de las mesas que rodeaban la terraza. En aquella mesa estaba colocado su bolso de paja y junto a ella se encontraba un moreno que parecía de su edad. Seguí mi camino.

Había dejado atrás la terraza del Lusignan, cuando sentí la presión de una mano alrededor del brazo izquierdo. Me volví. Era ella. Pero no decía nada. Se limitaba a sonreír.

—¿Qué hace usted aquí? —le pregunté.

Nos quedamos allí parados, mientras los paseantes se juntaban alrededor de un violinista barbudo que tenía un mono en el hombro. Se había puesto a tocar los primeros compases de un tema familiar. Con aquella multitud recibíamos bastantes empujones.

—¿Quiere usted tomar algo? —me dijo. Me llevó del brazo al ver que

vacilaba.

—Me gusta mucho toda esta gente. ¿Y a usted?

—Es que hay demasiada —dije yo. Habíamos llegado a la altura del Lusignano Me soltó el brazo y me precedió hasta la mesa donde aún continuaba sentado el moreno, que llevaba una camisa de algodón desgarrada. Me lo presentó:

—Un amigo.

Me observó él con una sonrisa irónica al borde de los labios. Me tendió la mano.

—Jimmy Sarano —le dije yo.

Ella se sentó y yo fui a buscar una silla a la mesa de al lado para sentarme también. Permanecimos en silencio los tres.

—Es mi tío —le dijo ella al moreno de la camisa desgarrada.

—Ah, claro… ¿Usted es su tío?

Seguía observándome con aquellos ojos azules. Hablaba francés con un ligero acento.

—¿No es usted… francés? —pregunté.

—Te pregunta mi tío que si eres francés.

En un primer momento pensé que existía cierta complicidad entre ellos, pero no parecía que fueran tan íntimos.

—Soy inglés —dijo él.

—Habla usted francés muy bien.

—Gracias.

Estaban los dos sentados en frente de mí: una pareja muy linda.

—¿Es verdad que es usted su tío?

Parecía preocuparle aquella cuestión, y a pesar de ello conservaba la sonrisa —una sonrisa algo inquieta. Ella no decía ni pío. Sin duda esperaba a ver cómo conseguía yo salir de aquella situación. Iban muy bien el uno con el otro. En sus caras y en su aspecto llevaban impreso lo que no hay más remedio que llamar el destello de la juventud.

—No exactamente su tío —dije yo—. Soy amigo de su madre…

—Sí… Es amigo de mi madre —dijo ella.

Y cogía de la mesa, junto a su bolso de paja, un yo—yo luminoso que

debía de haberle comprado a uno de los vendedores ambulantes de la explanada.

—¿Están aquí de vacaciones? —le pregunté al inglés.

—Sí. Algunos días. Enseguida nos iremos a España.

Estaba a la defensiva y yo hubiera deseado encontrar las palabras adecuadas para relajar la atmósfera. Ella jugaba con el yo—yo y parecía que ya no nos hacía caso, o que estaba enfadada.

—Tiene razón… España es un país muy bonito —dije yo.

El disquillo naranja y luminoso subía y bajaba por el hilo, y yo observaba en cada ocasión el movimiento seco de su muñeca.

—Pues yo no tengo ninguna gana de ir a España…

Había dicho aquello con voz suave, sin miramos a ninguno de los dos, más bien como si estuviera absorta en el movimiento regular del yo—yo.

—Entonces me iré solo…

Se le había apagado la sonrisa. Ella dejó el yo—yo encima de la mesa y se cruzó de brazos.

—Muy bien… Te irás tú solo…

Acaso se estaban peleando ya cuando ella me había visto pasar delante del Lusignan. Él alargó la mano y le rodeó la muñeca.

—¿Estás de mal humor?

Se inclinaba hacia ella y creí que iba a besarla. Ella me miró de soslayo y dejó la muñeca en la mano de él.

—¿Para qué vamos a ir a España si estamos bien aquí? —dijo ella—. ¿A ti qué te parece, tío?

Él volvió a mirarme fijamente con sus ojos azules.

—Eso es cosa vuestra —dije yo—. No quisiera condicionaros, en modo alguno.

¿Cuánto tardó en apoderarse de mí el deseo de irme? Un cuarto de hora, veinte minutos tal vez. Estábamos sentados en aquella terraza del Lusignan e intercambiábamos banalidades. Sí, yo me llamaba Jimmy Sarano, y sin embargo era francés. Sí, vivía aquí todo el año. Trabajaba en Radio Mundial, la emisora esa que difundía emisiones en varios idiomas. Las mesas de al lado estaban ocupadas por turistas que hablaban fuerte y allá, en la explanada,

seguía tocando el violinista el mismo tema, con un arco brutal e infatigable.

—Tengo que dejaros.

Les miraba a ambos. A su edad yo no me habría atrevido a decir una frase así. Y sin embargo sentía la misma necesidad de dejar plantada a la gente. Pero por timidez me quedaba con ellos mientras buscaba una palabra para largarme. O hasta desaparecía al volver una calle al menor descuido. Sin dar explicaciones.

Me levanté. El moreno se levantó también. Era alto y llevaba con elegancia natural la camisa de algodón desgarrada y los vaqueros. Me tendió la mano:

—Hasta la vista.

Me sonreía ampliamente, como si se sintiera aliviado con mi marcha.

—Y mucha suerte en lo de España —le dije.

Ella permaneció sentada mientras me observaba, con el yo—yo luminoso apretado en la mano.

—Tengo que decirte una cosa de mi madre —me lanzó con brusquedad, como si se echara al agua.

—¿De tu madre?

—Sí… Mamá quería que te hablara de ciertas cosas suyas si te encontraba aquí.

Se levantó y dejó caer el yo—yo luminoso en el bolso de paja, que se llevó en la mano.

—Espérame en el hotel… No tardaré mucho —le dijo ella al moreno.

—De acuerdo.

Permanecía él al lado nuestro, algo desconcertado.

—Mira… Me había guardado la llave de la habitación —dijo ella.

Era una de aquellas enormes llaves que había visto en la recepción del hotel Alvear. Él la sumió en uno de los bolsillos de su cazadora.

—No me hagas esperar —dijo él. Después se volvió hacia mí con un movimiento de cabeza indolente y me miró fijamente en silencio.

—No quiero que me haga esperar…

Me miraba fijamente a los ojos, con una sonrisita despectiva.

—Lo intentaré —le dije yo.

Atravesamos juntos la explanada en dirección al puerto.

—¿Qué tenía que decirme de parte de su madre?

Andaba junto a mí, el bolso de paja en bandolera. De vez en cuando volvía la cabeza, como si quisiera convencerse de que nadie nos seguía.

—Yo no tengo madre.

Íbamos por la carretera del puerto. Ya no oíamos el fragor de la explanada, salvo retazos de aquella música que el violinista con el mono en el hombro se empeñaba en tocar. Y de repente me vino a la memoria el título de aquel tema. Era *La vie en rose*. Pero la tocaba demasiado aprisa, como un pasodoble.

—Quería quedarme a solas con usted para hablar.

Su voz era limpia y no parecía intimidada en modo alguno.

—¿Por qué pagó usted mi habitación del hotel el otro día?

—Porque le habían confiscado el pasaporte…

—Se lo voy a devolver.

—Qué más da.

Se detuvo y me miró fijamente, con una mirada severa que contrastaba con la suavidad de su rostro.

—No me mire usted así… Me da miedo.

Pero como permanecía en silencio y no deponía su grave actitud, añadí: —Estoy convencido de que si lo necesitara, usted me prestaría dinero… Además, yo no dudaría en pedírselo… Los asuntos de dinero carecen de importancia entre amigos…

—Pero no somos amigos.

—Espero que lleguemos a serlo.

Se le escapó una risita infantil que le iluminó la mirada y le desarrugó el ceño.

—Le he tenido que decir a mi amigo que había recibido un giro de mis padres.

—Bueno, de todas formas, soy amigo de su madre…

—Ah, claro… es verdad…

A lo largo de la carretera las fruterías, los pequeños garajes y los cafés aparecían iluminados con bombillas desnudas. De vez en cuando teníamos que

rodear un grupo de jugadores de cartas, sentados a una mesa, en medio de la acera. Dimos media vuelta en dirección al Fuerte.

—¿Todavía quiere usted trabajar en Radio Mundial? —le pregunté.

—Lo que quisiera es ganar un poco de dinero. Pero mi amigo se quiere ir a España. Y en España, sucederá lo mismo…

—¿Le conoce hace mucho tiempo a su amigo?

—No. Le he conocido aquí… En la playa…

Guardó silencio. Andaba junto a mí, y me daba la impresión de que ya no me hacía ningún caso.

—Pues que se vaya solo a España…

Había dicho aquello casi en voz baja. No sabía qué responderle. No era de mi incumbencia. Ya era mayorcita para apañárselas sola en la vida. Íbamos por la carretera hacia el Fuerte, mientras yo intentaba acordarme de cuál era mi situación exacta a su edad. Debía de tener unos veinte años. A los veinte años fui a parar a Viena, en una noche como aquella, también yo intentaba retrasar el momento de volver a mi habitación de un hotel cerca de la Mariahilferstrasse y la estación del Oeste. Podía quedarme aún dos días: la víspera había contado el dinero que tenía. Era una habitación minúscula, en la planta baja, y durante toda la noche escuchaba el ir y venir de los clientes. Estaba colocando mis monedas en una caja de cigarrillos metálica cuando estalló una pelea en la habitación vecina. Una mujer —una francesa— colmaba de reproches a alguien que permanecía en silencio. La voz de aquella compatriota me daba valor. A lo mejor, si salía del hotel no me encontraba ya en la Mariahilferstrasse, sino en París. Después cesó la pela. Silencio. De repente ella lanzó un grito de sorpresa. Y con una voz llena de aspereza soltó una frase que, al cabo de tantos años, aún conserva su misterio para mí:

—¿Pero es que te has creído que mi culo es un baile de disfraces?

Habíamos regresado al Fuerte. No teníamos más que atravesar una zona de sombra donde todas las semanas hay un mercado al aire libre, y estaríamos de nuevo en la explanada. Ella se detuvo.

—No me apetece volver al hotel, así de repente…

Abajo había aún ruido y voces. El viento nos traía aquella melodía, siempre la misma, ahora arañada, como si el músico del mono en el hombro

pretendiera romper las cuerdas de su violín.

Se sentó en el resalto del pedestal de la estatua de Javier Cruz Valer. Fue él quien creó en los años treinta nuestra emisora de Radio Mundial, el benefactor gracias al cual la ciudad conoció un auge turístico y comercial. Le debemos el Brooks, la Cisneros Airways y el aeroclub que lleva su nombre… Gracias al talento diplomático de Cruz Valer, ha gozado la ciudad, durante unos veinte años, de su situación de puerto franco. Aquella estatua se levantaba en medio de la explanada de Radio Mundial y luego la trajeron aquí, dejando vacío el pedestal de arriba. En las calles y en la radio se escuchaba a veces una especie de himno nacional:

De pedestal en pedestal
te paseas tú
Javier Cruz Valer.

Se había extraviado en sus pensamientos, con el bolso de paja encima de las rodillas. Por encima Cruz Valer, extendido el brazo y con su índice de bronce, señalaba un punto del horizonte. Me acerqué a ella:

—¿Está usted preocupada por algo?

No contestaba. Tenía la cabeza inclinada y miraba fijamente al suelo. El otro, allá en la explanada, seguía rascando *La vie en rose* con su arco homicida y aquel tema me recordaba París, lo mismo que aquella misteriosa observación que había escuchado al otro lado de una pared demasiado delgada en un hotel de Viena.

—No debería usted preocuparse…

Levanté el índice hacia el índice de bronce de Cruz Valer que señalaba eternamente un camino a seguir, pero cuál. Se volvió para mirar lo que le estaba enseñando.

De pedestal en pedestal
te paseas tú
Javier Cruz Valer…

Canturreaba yo el estribillo a un ritmo aún más lento que el auténtico.

—¿Qué es eso que canta? —me preguntó ella.

Había sacado un pañuelo de su bolso de paja y se limpiaba la mejilla con furtivo gesto. ¿Una lágrima? Habría jurado que estaba llorando hacía un momento, cuando bajaba la cabeza:

—¿Esta canción? Es la canción de este pueblo…

Me senté junto a ella, en el resalto de piedra. Tenía ahora la cara límpida, sin el menor rasgo de entrecejo fruncido, ni la más mínima expresión de enfado. Y me sentí impresionado de nuevo por la forma de su frente, por sus ojos y por el dibujo de aquel arco ciliar. Unos rasgos tan puros no se encuentran, quizá, más que una vez en la vida, y yo ya los había visto antes en el rostro de alguien. Pero ¿de quién?

Me miraba fijamente a los ojos.

—¿No podría usted ayudarme? —me dijo.

Será posible, una frase así resurge como un leitmotiv, cada veinte años, murmurada por una voz sorda, o en el tono precipitado de una confesión. Yo también la había dicho a alguien que andaba junto a mí, una noche, en Viena.

—¿No podría usted ayudarme?

Tenía miedo de volver a aquella habitación de hotel, sin dinero suficiente para pagarla al día siguiente, y seguir solo la Mariahilferstrasse por la que ni siquiera pasaba un tranvía vacío. Ese tipo de aventuras sólo se presenta de noche y siempre en la misma ciudad de calles vacías y monumentos que se recortan bajo la fría claridad de la luna. La estatua de Javier Cruz Valer o la columna del Graben, qué más da.

—Dígame lo que puedo hacer por usted.

Se encogió de hombros y sonrió.

—Nada. Era una broma… La verdad es que puedo arreglármelas sola.

Habíamos vuelto a atravesar la explanada. Ya habían recogido las mesas y las sillas de la terraza del Lusignan y el café estaba a oscuras. Le hice compañía hasta su hotel.

Era ya tan tarde que la puerta estaba cerrada. Tuvo que llamar y el hombre de la camisa de satén verde que le había confiscado el pasaporte acudió a abrir. Me reconoció y me saludó con una respetuosa inclinación de cabeza.

Tengo algunas tarjetas de visita, un regalo que me hizo el viejo chófer que me espera por las tardes en la parada del tranvía. Su hermano es impresor. En la cartulina aparece grabado en caracteres azul claro:

Jimmy Sarano Mercedes
Terrace, 33
3.° izquierda

Nunca tengo oportunidad de utilizarlas. Le deslicé una en la mano.

—Si me necesita usted…

Dejó caer la tarjeta de visita en su bolso de paja, me sonrió y franqueó el umbral del hotel. El pasillo estaba iluminado tan sólo con la luz de una bombilla. El hombre de la camisa verde de satén vino hacia mí con gesto serio.

—Su sobrina trae hombres a su habitación y eso va contra las normas… Ahora está esperándola uno… Comprenda usted, caballero, esto es un hotel de buena reputación y no…

Busqué en el bolsillo de la chaqueta y le di un billete de quinientos francos.

—Usted no ha visto nada.

—Por supuesto, caballero. Buenas noches.

Volvió a cerrar lentamente la puerta.

Aquella misma noche me despertaron varios timbrazos, cada vez más prolongados. Como pude, me puse una bata vieja. Me dirigí titubeando hasta la puerta, sin encender la luz.

—¿Quién es?

—Marie…

Abrí. Tenía puesto el vestido verde de hacía un rato, pero no llevaba el bolso de paja. Entró y volvió a cerrar la puerta. Me pareció extraño verla aquí. El farol que hay frente al edificio en Mercedes Terrace arroja un resplandor blanco por la habitación y el pasillo del piso, y su cara aparecía iluminada.

—Me he peleado con mi amigo…

Permanecía inmóvil. Fruncía las cejas a causa de aquella luz blanca del farol que la deslumbraba. Se retiró ligeramente hacia la pared, como si quisiera huir de un haz cegador. En la penumbra se le relajó la cara.

—¿Es por ese viaje a España?

No me contestó. Y entonces aquella cara se acercó. Todo se deslizaba en el silencio y la suavidad del ensueño. Sin duda porque yo no había encendido la luz y desde hace tiempo la vida se desliza por encima mío, como una película muda que se proyectara a cámara lenta.

Se había echado en la cama. Su vestido dejaba una clara mancha en el suelo. Se apretaba contra mí. O lía a uno de esos perfumes que venden en los zocos junto al Fuerte, pero que en su piel destilaba un frescor de lilas después de la lluvia.

Por la mañana, se fue muy temprano. Desde la ventana, yo la miraba andar bajo el sol. Tuvo que tomar en marcha el primer tranvía que baja del Vellado. Igual que en la explanada de Radio Mundial, la sombra que caía sobre la acera era mayor que ella. Ni siquiera sabía si la volvería a ver. Y ahora, la brisa del océano eclipsa el calor del día. En esos momentos es cuando me digo que he hecho bien en venirme a vivir a Mercedes Terrace. La única pega es el insecto en bañador rojo cuya presencia me provoca malestar, pero consigo superar ese pequeño inconveniente.

Carlos Sirvent, con quien hablo de ello de vez en cuando, me dice y me repite que su primo ocupa un importante puesto en la policía de la ciudad y que haría la vista gorda en caso de que tuviera un accidente el autor del *Canto fúnebre por Karl Heinz Bremer*. Yo no tenía más que hacer como si limpiara un arma de fuego, y se escaparía un tiro… Pero me temo que las balas rebotarían en la piel de mi cofrade, una piel tan dura como la madera de teca.

Esa noche no está solo a la mesa, sino en compañía de un hombre de unos cuarenta años, el pelo corto, un mechón cruzándole la frente, cuidadísimo aspecto de dandy.

Por su parte, mi cofrade aparece envuelto en una chilaba blanca, sin duda en honor de aquel invitado. Les observo con los prismáticos y advierto un magnetófono encima de la mesa. Es decir, le está haciendo una entrevista. Eso

es que en París han redescubierto aquel escritor olvidado al que creían muerto, pero que vivía una vida secreta en este puerto, célebre en tiempos por sus residentes cosmopolitas.

Abajo, sentado en un banco de la avenida Villadeval desde donde puede vigilar la salida del edificio, el chófer se fuma un cigarrillo. Le he preguntado si quería tomarse una copa en casa, pero se ha negado. Prefiere quedarse de plantón hasta las doce, por conciencia profesional. Y sin embargo sabe que no vaya salir esta noche.

Los otros han terminado de comer. El insecto destapaba de vez en cuando un gran termo y vertía en los vasos de ambos —unos cubiletes de camping— un líquido negro. El elegante y viejo joven del mechón empuja el magnetófono hacia mi cofrade y este se arrellana en la silla tras haberse dirigido contra el busto, en un gesto de procónsul romano, la manga de la chilaba. El otro verifica por última vez la buena marcha del magnetófono y empieza la charla. El insecto debe de evocar, con voz metálica y sin la menor interrupción —como ante el micrófono de Radio Mundial—, sus obras y sus recuerdos.

Yo me echo en la terraza de mi habitación y contemplo el cielo y las primeras estrellas. Tengo apoyada la nuca contra mis manos cruzadas. Por fin he conseguido encontrar calma y sosiego. Dentro de un rato tendré que escribir un nuevo episodio de las *Aventuras de Luis XVII*, pero eso no es difícil para mí. He comprado un lote de viejas novelas francesas de aventuras en las rebajas de la librería del edificio Edward's Stores y copio de allí capítulos enteros. Es así como he conseguido realizar aquel sueño: no escribir más, sino copiar de nuevo.

He encendido la radio y me dejo mecer por la música de la emisión de variedades, entre cortada por mis *Llamadas en la noche*. Hay momentos en que dormito. Desvarío y me agarro al rostro de esa muchacha —a esa frente y a esos ojos que se me aparecen, con extraña precisión, como si los hubiera conocido siempre.

El rostro se destaca ahora sobre un fondo de terciopelo azul y ya no sé si es una visión del sueño o estoy despierto aún.

Escucho la voz de Mercadié citando los nombres de los caballos y de los jockeys de mis *Llamadas en la noche*, y la frase que repite con pequeños

intervalos: «A cualquier persona que pueda aportar otros detalles sobre estos asuntos: por favor, escríbanos».

Me sumo otra vez en el sueño y después vuelvo a la superficie, y la corriente me lleva suavemente. Y aquel rostro sigue allí, sobre el fondo de terciopelo azul.

Sí, algo realmente idéntico en la frente y en la mirada. Pero aquel rostro es el de una niña que he conocido hace mucho tiempo. ¿Y su nombre no era… Marie, como la otra?

Me desperté a eso de las dos de la madrugada. Abajo, en la avenida Villadeval, estaba vacío el banco, y me entretuve en imaginar al chófer levantándose a las doce en punto, mirando por última vez en dirección a mi ventana, marchándose a su casa, el cigarrillo en los labios y la satisfacción del deber cumplido. Lo único que tenía que hacer aún era consignar lo siguiente en una hoja de papel: esta noche, diecisiete de junio, el Sr. J. Sarano la ha pasado en su casa.

Los otros dos continuaban sentados en la terraza, y según su costumbre cuando era noche avanzada, el insecto en chilaba había colocado una lámpara de petróleo en medio de la mesa. Me llegaba su voz de estridencias de grillo y, de vez en cuando, alguna palabra que articulaba más fuerte resonaba hasta mi balcón: España… Karl Heinz Bremer… Japón. Escarabajos… Weimar… Matador de toros.[4]

Una pared de terciopelo azul tenso. El rostro de esa niña contrasta tanto con el terciopelo desgastado… Un rostro radiante, aunque la mirada aparezca atravesada por una sombra de tristeza. Pero claro, fue en el camerino de un Music-hall o de un teatro —no recuerdo bien cuál era la denominación exacta de aquella sala de espectáculos—, fue en el camerino de su madre donde la vi por primera vez. Y su rostro que se destaca sobre el fondo del terciopelo se parece al rostro de la otra, esta Marie del hotel Alvear. Hasta el punto de que me pregunto si no llevan el mismo nombre y si no son la misma persona.

La sala de espectáculos con el camerino de terciopelo se encontraba en la rue Fontaine. Sí, cuando salí con la pequeña, fue desde luego en la rue Fontaine donde acabamos. Era de noche y descendimos la calle hasta el Café Gavarni. ¿Por qué ha tenido un papel en mi vida ese barrio? Yo había pasado

mi infancia en la orilla izquierda, en Saint-Germain-des-Prés… Orilla izquierda, Saint-Germain-des-Prés, rue Fontaine… Desde lo alto de Mercedes Terrace, donde ahora me encuentro, aquellos nombres me parecen exóticos y tengo que repetirlos en voz baja para convencerme de que no le pertenecen a una ciudad imaginaria. Aquella noche, cuando bajaba por la rue Fontaine con la pequeña, no pensé que cinco años antes yo venía por la misma calle, también en dirección al café Gavarni, y que acababa de abandonar otro camerino de teatro, más o menos semejante, excepto que no estaba tapizado de terciopelo azul: el camerino de mi madre. Ambas salas estaban cerca, una en el lado de los pares y la otra en los impares. En cinco años no había hecho más que atravesar la calle.

Terminaba los deberes del colegio, como todos los domingos por la tarde, en el teatro Fontaine, en el despacho del director, Henri de La Palmira, después de haberlos empezado en el camerino de mi madre. Al día siguiente por la mañana tendría que volver al colegio en el autobús de la Porte d'Orléans. ¿Qué obra representaba mi madre en el Fontaine? Un vodevil escrito por un comerciante en sedas de Lyon y por su amante, que habían alquilado el teatro por varios meses y le pagaban a los cómicos. Les llamaban «señor y señora Lasurel» y les traía sin cuidado que la sala estuviera desierta todos los días. De vez en cuando algunos amigos suyos asistían a la representación. Aquel domingo las butacas estaban vacías, como de costumbre, pero la representación iba a tener lugar a pesar de todo —sin entreacto—, puesto que esa era la voluntad de aquellos ricos socios capitalistas.

Mi madre entró en escena y desde el despacho de Henri de la Palmira la escuché aullar su réplica:

—«Buenos días, familia unida en el dolor…».

Rompí los deberes de álgebra, y a continuación mi cuaderno, después el manual escolar que consultaba, y lo tiré todo en la papelera de mimbre de Henri de la Palmira. Y tomé la siguiente irrevocable decisión: en adelante, se acabó el colegio, se acabó el autobús en la Porte d'Orléans, se acabaron los estudios, el bachillerato y el servicio militar. Se acabó todo.

Atravesé de puntillas los bastidores y la vacía sala del teatro. Al paso de

aquella sombra dejaron de actuar, estupefactos ante la llegada de un espectador. Pero yo me encontraba ya en la calle.

Dudé durante un instante: ¿dónde ir? ¿Hacia la derecha o hacia la izquierda? ¿Hacia la place Blanche o hacia el otro lado? Elegí bajar la cuesta de la calle.

Pues bien, ya estaba libre de cualquier atadura en ningún sitio y la vida empezaba para mí. Tenía que contenerme para no abordar al primer transeúnte y decirle:

—¿No podría usted ayudarme?

A un paso que yo me esforzaba en hacer cada vez más lento, bajé y subí todas las calles del barrio. Después se había disipado el miedo. Decidí sentarme en un banco al comienzo de la avenida Frochot y fumarme un cigarrillo. Miraba la entrada del Théatre en Rond. La secretaria de Henri de la Palmira, una rubia que me apreciaba bastante, me contaba que ella había sido bailarina en aquel teatro, en la época en que se llamaba Le Shanghai. Encendí un segundo cigarrillo, pero tenía náuseas. Leía y releía el cartel de la obra que representaban aquella noche en el Théatre en Rond: *Tempestad sobre el Caine.*

Me levanté y anduve al azar. Rue Victor-Massé. Rue de Douai, el pequeño restaurante donde me lleva a veces Henri de la Palmira a almorzar, los domingos, antes del espectáculo de matinée. Me había cobrado afecto, sin duda porque le escuchaba, los ojos como platos, cuando contaba sus viejas historias de hidalgo de Pigalle. Aquel restaurante —me había dicho— era el antiguo Fan-fan-Bar de Jo le Catch y Paul Milani. Jo le Catch era el que, una noche en La Varenne, había matado a Robert Moura, del Chapiteau. Y Robert Moura, mi pequeño Jean, era… En Rue Fontaine, al pasar ante el teatro, me fijé que estaba allí el perro labrador rubio de Henri de la Palmira. Atravesaba el vestíbulo, se detenía en el umbral y husmeaba el aire. Con paso sosegado, volviendo la cabeza unas veces a la derecha y otras a la izquierda, se dirigía hacia mí, con la pinta de un turista que recorre el barrio.

Aún estaba abierta la farmacia en los bajos del edificio en forma de proa. El labrador y yo contemplamos un rato el escaparate iluminado por una luz verde. Atravesamos la glorieta y nos separamos: él continuó descendiendo la

rue Fontaine y yo penetré en el café Gavarni.

Mi madre estaba sentada al fondo del salón, en compañía de Max Montavon, un cómico que actuaba en la obra. En una mesa cercana otra cómica del reparto, una marsellesa morena y con rizos, se encontraba en frente de un hombre con belfos y cara enrojecida de comisionista de carnes. Me senté entre mi madre y Max Montavon.

—¿Dónde te habías metido? —dijo mi madre.

—Estaba paseando por el barrio.

—¿No habrás perdido aquella cazadora de ante?

Desde hacía algunas semanas, una cazadora de ante demasiado pequeña para mí y con una cremallera estropeada era su única preocupación. La habíamos encontrado en un armario del teatro, donde había estado esperando durante veinte años. No me atrevía a decirle que la había vuelto a dejar en su percha, dentro del armario. Tal vez a estas alturas sigue allí, terminando de pudrirse.

—¿Me prometes que todavía tienes aquella cazadora de ante?

Su mirada se ahogaba en una expresión de angustia insoportable. La suerte del mundo dependía de aquella vieja cazadora de ante. Fuera de ella, nada contaba ya.

—¿No me vas a decir que has perdido la cazadora de ante? ¡Contesta…! ¿Dónde está la cazadora de ante?

Max Montavon parecía sorprendido por el cometido tan importante de una cazadora de cuero. Pero cuanto más aguda era la angustia, más se detenía ella en un detalle irrisorio, hasta el punto de incandescencia.

—¿Es que has perdido… tu cazadora de ante?

Ahora subía el tono, la boca se le torcía en un doloroso rictus. Había que reventar el absceso lo más rápidamente posible.

—No… No… —conseguí balbucear—. Todavía tengo la cazadora de ante.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

Así pues, la tierra podía seguir girando.

—Deberías comerte un buen filete —dijo mi madre.

Pidió el filete:

—Para mi hijo —le espetó con voz brillante al camarero.

Y después Max Montavon y ella se pusieron a hablar del incierto futuro de la obra.

—No sé hasta cuando van a aguantar el señor y la señora Lasurel —dijo Max Montavon—. Me los encontré anoche… Se diría que pretenden hacer toda la temporada…

Yo también les había visto al comerciante de seda y a su amante, mucho más joven que él. Parecía entusiasmada con aquella aventura teatral, lejos de Lyon. Se había convertido en autora de vodeviles debido al diablillo del sur.

—He visto alguien que salía del teatro antes… —dije yo.

—No, qué va… No había nadie en la sala —dijo Max Montavon.

—Sí… Sí… Había un espectador.

—¿Estás seguro? —preguntó mi madre.

—¿Quién? —preguntó Montavon—. ¿Un crítico?

El director de escena le había aconsejado al señor y la señora Lasurel no invitar críticos al ensayo general con el achaque de que los críticos eran mala gente.

—Entonces, ¿quién era? —repitió Montavon.

—Venga, dilo, quién era ese espectador —preguntó mi madre.

—El perro de Henri de la Palmira. Y llevaba puesta mi vieja cazadora de ante.

Y me volvía a encontrar en aquel mismo café Gavarni con la niña.

Bostezó y con gesto gracioso se puso una mano ante la boca. Era muy tarde.

—¿Qué quieres beber?

—Una granadina —dijo la niña.

Se mantenía muy recta y tenía la cara muy linda.

—¿No estás cansada?

—No.

Me daba perfecta cuenta de que se caía de sueño. Qué ideas tan raras tenía su madre, hacerla ir al camerino por la noche con el pretexto de que no la veía por el día… Yo era muy joven entonces, pero tenía la vaga intuición de que así no se educa a los niños. Y hasta me permití decírselo una vez a Rose-Marie.

—Qué va, qué va, mi pequeño Jean… A ella le resulta divertido quedarse en mi camerino. A su edad yo también me acostaba tarde.

La niña se bebía la granadina sirviéndose de una pajita. El Gavarni estaba desierto a aquellas horas y nada había cambiado en cinco años: ni las banquetas de molesquín rojo, ni las paredes verdes, ni las fotos de los artistas tras el mostrador. Aquel establecimiento no parecía haber conocido apenas ningún período de fasto desde la época en que solíamos venir mi madre, Max Montavon y yo.

—No tienes por qué bebértelo todo si no quieres…

Pero claro que sí, se lo había bebido hasta la última gota, aspirando en la pajita pegada al fondo del vaso. Y sonreía.

No valía la pena llevarla hasta el camerino de su madre. Rose-Marie no iba a volver de momento. Se iría a cenar a algún sitio. Lo mejor era acompañarla hasta su casa y acostarla, según la costumbre que yo mismo había adquirido.

Esperaba que le diera la señal de irnos, el busto recto, esforzándose en conservar los ojos completamente abiertos.

Salimos del Gavarni y volvimos los dos a pie por Blanche, el boulevard Clichy, el Gaumont-Palace y el puente Caulaincourt.

La brisa que llega del mar acaricia las palmeras de la avenida Villadeval y me refresca la frente. Aquellos dos siguen en la terraza y han acercado sus caras, iluminadas ahora por la lámpara de petróleo. Tal vez mi cofrade le recita al periodista una de las estrofas de su *Canto fúnebre por Karl Heinz Bremer* que he tenido oportunidad de leer en las amarillentas páginas de ese volumen que compré en un saldo.

Pienso en los amigos desaparecidos
Pienso en ti, Karl Heinz Bremer…

Pobre Bremer. Pobre viejo insecto con chilaba que charlatanea sus recuerdos. Pobre pasado polvoriento. Pobre barrio con camerinos de teatro tapizados de terciopelo raído.

Rose-Marie cuadraba muy bien en aquel decorado. Es algo que no se me hubiera venido a las mientes en aquellos tiempos. Yo tenía veinte años. Hoy día comprendo que aquello marcaba el comienzo de su decadencia: trabajar en rue Fontaine, en un local que se pretendía el equivalente del Lido de los Campos Elíseos, y que no lo era en modo alguno. Malgastaba allí su voz y su gracia de bailarina. Tengo ahora la impresión de que era otro distinto a mí quien la esperaba durante horas, después de haber acostado a la niña, o se quedaba sentado allí, en el camerino tapizado de terciopelo, o que por todos los medios intentaba atraer su atención.

Mi solicitud para con la pequeña no tenía la pureza y el desinterés que hoy estaría tentado de ver. No. Pensaba yo que, gracias a su hija, conseguiría penetrar de una manera definitiva en la intimidad de Rose-Marie. Si yo velaba por aquella niña como si fuera un padre o un hermano mayor conseguiría anudar, entre Rose-Marie y yo, unos vínculos privilegiados y tendría así una ventaja sobre los demás.

Recuerdo el día en que se presentó ante mí, como último recurso, la idea de cumplir un cometido de ángel guardián con la niña, único medio para no perder a Rose-Marie. Estaba yo esperando, sentado, en el saloncito del Moncey Hotel, rue Blanche; sabía que estaba con alguien, arriba en su habitación. La tenía alquilada siempre como refugio más cercano al teatro que su domicilio, y a menudo pasaba allí la noche.

Un atardecer soleado. A través de una de las entreabiertas ventanas del saloncito una corriente de aire agitaba la cortina de tul. Me decía a mí mismo que ya nunca me dejaría ella subir a su habitación.

Yo contemplaba aquella cortina de tul que se hinchaba, después la mesita baja donde se amontonaban revistas y el cuadro colgado de la pared: un paisaje de Provenza. ¿Con quién estaba?

Aquella noche no iba a dejarme siquiera entrar en su camerino. Sería el que había subido con ella quien ocuparía el sillón de cuero hundido en el que me sentaba a menudo. No volvería a verla. Entonces, el rostro de la niña, su manera de mantenerse estirada y de beberse la granadina, se impusieron en mí.

Salí del Moncey Hotel y anduve a la deriva. Estaba preparando las frases que le iba a decir a Rose-Marie. Me seguía imaginando al que estaba con ella

sentado en el sillón de cuero hundido del camerino. Rose-Marie no me dejaba entrar. Empujaba la puerta y me decía a través del resquicio: «Hasta luego, mi pequeño Jean». Y yo, con sólo unas escasas palabras, tenía que conseguir convencerla de que me dejara ocuparme otra vez de su hija.

Había llegado al comienzo de la avenida Frochot. Es curioso cómo nuestros pasos nos arrastran siempre a los mismos sitios. Pero el presente me tenía demasiado inquieto como para acordarme de aquella noche en que había abandonado el teatro Fontaine tras decidir arrojarme solo a la vida.

Aquí, en la avenida Villadeval, ya es de día, y casi le estoy agradecido a mi cofrade de la chilaba por mantenerse fiel en su puesto, en su terraza. El periodista recoge el magnetófono en un estuche marrón: la conversación puede haber durado unas diez horas y no consigo dejar de mirarles las caras con los prismáticos. La de mi cofrade no deja ver cansancio alguno. No, nada consigue alterar aquella cara bronceada, de madera de teca. El mechón del periodista, que también le cruzaba la frente, le llega colgando hasta la nariz. Tiene las mejillas sombreadas con una barba incipiente, desabrochado el blazer.

Mi cofrade le señala el magnetófono con el índice y adivino por la despavorida expresión del periodista que le propone repasar toda la grabación de la entrevista. Hay varias cassettes dispersas por la mesa y mi cofrade las coloca una encima de otra. Si el periodista acepta escuchar las cassettes aquello puede durar hasta la noche. Parece que consigue convencerle de la dificultad del empeño, ya que mi cofrade menea la cabeza.

Con paso vacilante, el viejo joven del mechón se dirige al otro extremo de la terraza, se pone en cuclillas y busca algo en un gran bolso de viaje, hasta que saca de allí una máquina de fotos. Se detiene, frente a mi cofrade. El mechón caído, las mejillas macilentas y el blazer desabrochado le dan el aspecto de un alumno de la Escuela nacional de administración que hubiera pasado la noche en un lugar poco recomendable. Le hace fotografías a mi cofrade, escogiendo cada vez un ángulo distinto. Mirando las poses de este, me doy cuenta de que siempre quiere aparecer de perfil, el mentón ligeramente alargado hacia adelante, apretadas las mandíbulas tal como podía vérsele, hace cincuenta años, en su álbum *Grecia y Japón*, a contraluz, sobre un fondo

de columnas y cipreses.

La sesión fotográfica dura aproximadamente media hora y no parece producirle cansancio a mi cofrade. No hay alteración alguna en sus poses hieráticas.

Ahora se inclina en la barandilla de la terraza, pero conserva el perfil elevado y el periodista toma una última instantánea. Entonces, este se apoya también en la barandilla. Abajo, la acera izquierda de la avenida Villadeval aparece inundada de sol y el primer tranvía de la mañana —el viejo tranvía amarillo del que sólo sobrevive una muestra— desciende hacia el puerto, temblándole todo el armazón.

El periodista baja la cabeza y la vuelve a levantar. De repente adivino que su mirada se ha posado en mí, que estoy de pie en mi terraza, a unos diez metros de él, al otro lado de la avenida. Se inclina para verme mejor y yo le observo con los prismáticos. Parece estupefacto. Sin duda, me ha reconocido. Si ha decidido exhumar a mi cofrade es porque tiene una hermosa vocación de anticuario o de arqueólogo. En consecuencia, debe de conocer mis obras, que datan tan sólo de hace diez años.

Me señala a mi cofrade. Ya nos hemos cruzado en la avenida Villadeval, pero es la primera vez que me mira. Se encoge de hombros. No, no me conoce. El otro sigue mirándome fijamente, los ojos como platos. Me meto en mi habitación.

Está usted en un error. Me toma usted por otro. Yo me llamo Jimmy Sarano.

* * *

Las diez de la mañana. No tenía ninguna importancia que no hubiera trabajado el día anterior en las *Aventuras de Luis XVII*. Aún iba adelantado en un capítulo con respecto a la emisión de Carlos. Sirvent. Pero, siquiera por pundonor profesional, me iré esta tarde misma a Radio Mundial y redactaré en el despacho de Carlos un capítulo de mi serial, y lo entregaré en el plazo previsto.

Tomé el tranvía que baja a la playa y seguí a pie un sendero entre los eucaliptos hasta el Club Brooks. No había nadie en la piscina. Flotaban flores de nenúfares en la superficie de un agua más clara que de costumbre. Debían de haberla renovado unos días antes.

Trepé por la escalera del trampolín, cuya pintura ya no aparecía desconchada, sino en un nuevo matiz gris perla. Salté desde lo alto, como cuando era niño.

Nadé a crawl hasta uno de los extremos de la piscina y después al otro. Aquello se llamaba «hacer largos». Aquel concepto me llegó bruscamente a la conciencia. Sí, no había hecho crawl desde hacía por lo menos veinte años. Al tenderme encima de la toalla para secarme al sol volví a encontrar aquella sensación de bienestar que experimentaba veinte años antes en la piscina del Pecq. Había conocido allí a un tal Gérard, que se pasaba los días tomando baños de sol y haciendo «largos». Llevaba un bañador leopardo. Hablábamos de nuestros proyectos y yo le había confesado que quería escribir. «Pero chico, me dijo, te vas a cargar la salud».

Sabe Dios qué habrá sido de Gérard… Se habría encontrado a sus anchas con su bañador de Tarzán en esta piscina rodeada de eucaliptos y adelfas… Había leído en alguna parte que nos resulta difícil acordamos del timbre de las voces de quienes han desaparecido de nuestra vida. Pues bien, no es así, yo me acuerdo aún de la voz ronca y algo guasona de Gérard: «Pero chico, te vas a cargar la salud». Tan cercana parece aquella voz bajo el sol de las once de la mañana, que los últimos veinte años han desaparecido de repente.

Allá abajo un hombre en bañador y con camisa de flores pintaba de nuevo la puerta de entrada de la antigua sala del restaurante del Brooks. Un transistor en el suelo, junto a él, difundía una canción mexicana que yo conocía bastante bien:

Ay Jalisco no te rajes…

Acechaba yo el anuncio que en unos cuantos minutos marcaría el final de la emisión: «Acaban ustedes de escuchar el cuarto de hora de variedades de

Carlos Sirvent. En unos instantes continuamos nuestro programa en Radio Mundial».

Había dejado de pintar y se fumaba un cigarrillo. Me acerqué a él.

—¿Lo van a poner todo nuevo otra vez?

—Qué remedio.

Reconocí a quien se ponía siempre tras la mesa de la entrada, cuando funcionaban todavía la piscina y el restaurante.

—¿Va a volver a abrir el Club? —le pregunté.

—No.

Dejó ver una ligera crispación de los labios, como si aquella respuesta le resultase dolorosa.

—¿Y sin embargo, lo está repintando todo?

Me señaló los grandes sillones de ruedas en el borde de la piscina. Desde hacía unos meses me había dado cuenta de que se deterioraban progresivamente y que los colchones empezaban a pudrirse. Los habían repintado y parecían nuevos: los colchones habían sido reemplazados por otros, con rayas blancas y verdes.

Me consideró en silencio por un instante.

—Comprendo que se pregunte para qué sirve todo esto, ya que el Brooks se acabó…

—No, no —le dije—. Puede empezar de nuevo.

—Las cosas nunca empiezan de nuevo, caballero.

Barrió con la mirada la piscina, el edificio blanco de estilo californiano del restaurante, el camino de baldosas que llevaba a la playa por entre los eucaliptos y los pinos hasta la playa.

—Es una cuestión de principio. Mientras esté yo aquí haré lo posible porque las cosas no se deterioren demasiado.

Se inclinó para bajar el volumen del transistor que continuaba con sus canciones mexicanas acompañadas por trompetas —Carlos Sirvent tenía una predilección tal por aquellas canciones que sobrecargaba con ellas sus programas.

—Y mientras las cosas no se deterioren demasiado aquí, tendré la impresión de que yo no me deterioro tampoco.

—Me gustaría seguir su ejemplo —le dije.

Pareció halagado. Me miró de arriba a abajo.

—Le he visto a usted antes por aquí.

—Sí.

—Si no dejo que se deterioren todas estas cosas es un poco por los antiguos clientes. No creo que les gustara ver deteriorarse el Brooks.

Y de nuevo envolvía con una mirada circular la piscina, el trampolín, los macizos de eucaliptos y de adelfas.

—Una cuestión de principio, caballero. ¿Comprende usted? Los antiguos clientes…

Sí, era conmovedora aquella fidelidad por un mundo de seres desaparecidos. Comprendía aquel sentimiento. Un día, los mayores ya no están ahí. Y por desgracia se ve uno obligado a vivir con sus contemporáneos.

Seguí el camino de baldosas y me senté a la sombra de los eucaliptos, junto a la playa, sobre la que flotaba una leve bruma de calor. Había un bolso de paja en la arena, a unos cincuenta metros delante de mí. Y, al lado, una gran toalla de baño roja.

El bolso de ella era exactamente de aquella forma y aquel tamaño. Recorrí la playa desierta con la mirada, pero no vi a nadie. El sordo zumbido de un motor de avión me hizo levantar la cabeza: un avión de turismo, modelo antiguo, o tal vez uno de los aparatos del Aeropostal, olvidado durante medio siglo en un hangar, junto con todas sus sacas de correspondencia, que por fin un piloto había decidido llevar a su destino.

Entornaba los ojos por la reverberación del sol en el mar. Pero distinguí dos cabezas que sobresalían del agua inmóvil. Alguien nadaba hacia la playa y permanecía a flote hasta la orilla para no tener que andar sobre los guijarros y las rocas que te obligan a llevar sandalias de goma cuando te bañas demasiado cerca de tierra.

Salió del mar y reconocí en el acto su bañador azul cielo. El avión del Aeropostal pasó lentamente por encima de la playa y ella levantó la cabeza también, en dirección suya. Estaba de pie, junto a su bolso de paja y la toalla de baño roja, y al bajar la cabeza me vio, justo en frente suyo, allá, a la sombra de los eucaliptos.

Se volvió hacia el mar para comprobar si la persona que se bañaba con ella —¿el inglés del Lusignan?— seguía nadando. Sí, avanzaba por la superficie del agua, a saltos sucesivos.

Me hizo un signo con la mano, y yo le respondí con otro, pero permanecí inmóvil. Tampoco ella se movía de allí. Me señaló al hombre que nadaba a mariposa y que llevaba un bañador rojo vivo, como la toalla de baño. Y aquel rojo demasiado brillante contrastaba con el azul cielo del bañador de ella, el color rubio de su piel y de su pelo, que suavizaba la bruma de calor.

Se aproximó unos cuantos pasos y vi moverse sus labios, pero el zumbido del avión del Aeropostal que pasaba otra vez por encima de nosotros, a muy baja altura, ahogaba su voz.

El zumbido disminuyó, el avión dio un amplio giro y se deslizó hacia el horizonte. Pude oír:

—¡Hasta pronto!

Y otra vez me hizo un amplio gesto con la mano, justo antes de que el inglés del Lusignan saliera del agua con su bañador rojo y viniera en su busca.

El avión del Aeropostal no era ya más que un punto en el cielo. Me imaginaba aquellas sacas de correspondencia con sellos fuera de circulación desde hacía cincuenta años. La mayor parte de sus destinatarios habían muerto, lo mismo que quienes las habían enviado, y las direcciones de los sobres eran tan obsoletas como los sellos. Y sin embargo alguna que otra persona aún viva recibiría una de aquellas cartas y, sorprendentemente, se encontraría en las manos con un trozo intacto de su juventud, un meteorito caído de un planeta desaparecido hace ya una eternidad.

Había retrocedido y el tronco de uno de los eucaliptos me protegía de sus miradas. Él estaba tendido sobre su espalda y se había puesto unas gafas de sol. Ella le había dejado la toalla de baño y se había tendido en la misma arena, boca abajo, junto a él. Apoyaba el mentón en las manos y los codos en el bolso de paja, volcado, mientras miraba hacia el macizo de eucaliptos. Tal vez intentaba localizarme en aquella zona de sombra. O acaso estaba pensando en otra cosa. O en nada.

Se quedaron al sol hasta la una. Se bañaban de vez en cuando y volvían para tenderse de nuevo en la arena. Ella se puso el vestido verde, tan ligero,

que llevaba aquella noche, y el inglés sus vaqueros descoloridos. Y se fueron por la playa en dirección al Fuerte.

También para mí era la hora de dejar la sombra de los eucaliptos si quería terminar a primera hora de la tarde, en Radio Mundial, el nuevo episodio de mi serial. Les seguía a unos cincuenta metros de distancia. Ella llevaba su bolso en bandolera, como de costumbre, y él se había colocado la toalla de baño rojo en el hombro izquierdo. Andaban los dos con un aire indolente, junto a la orilla, por donde la arena está lisa y húmeda, sin duda para evitar que los pies desnudos se les hirieran con las conchas o con las viejas latas de conserva oxidadas que a veces se esconden entre la arena.

El sol pegaba fuerte y yo me protegí con mi toalla de baño a modo de turbante. A ellos no parecía afectarles el calor: iban con la cabeza desnuda, tan tranquilos. Me quedé un rato a la sombra de un macizo de adelfas, en la linde del jardín de un chalet donde vivía uno de los directores de Radio Mundial. Una tarde, en aquel jardín, Carlos Sirvent y yo habíamos presenciado una hermosa puesta de sol. Sus siluetas estaban a punto de desaparecer en la bruma de calor. Ya no eran más que un par de manchas: la de la toalla roja en el hombro del inglés y la verde del vestido de ella.

Estaba a medio camino del Fuerte. Me vi obligado a ponerme las alpargatas, el sol me quemaba.

Pasé ante la playa privada del hotel Sindbad. Los clientes se protegían del sol bajo grandes chozas de paja de estilo polinesio. Había varias mesas con sombrillas alrededor de un bar al aire libre. Estaban almorzando y se escuchaba un confuso murmullo, oleadas de inglés, español y alemán. Tan solo una mesa, aparte de las demás, carecía de sombrilla, y estaba ocupada por dos hombres: mi cofrade de Mercedes Terrace y el viejo joven del blazer.

¿Cómo podían estar ahí sentados, al sol? Me admiraba su valor: el viejo joven se secaba la frente y se colocaba el mechón hacia atrás, con ayuda de un pañuelo. Mi cofrade no parecía afectado por el calor: se mantenía muy derecho en un traje de tela blanca que nunca le había visto antes y que armonizaba con el fleco plateado del pelo y el bronceado de la cara. Podía adivinar que su frente estaba virgen de la más mínima gota de sudor. La madera de teca no transpira. Ambas siluetas se recortaban claramente bajo el

sol. El traje de uno y el blazer del otro eran de un blanco y de un azul tan brillantes que me resultaban cegadores, tanto como para ponerme mis gafas de sol. Paralizado a unos cuantos metros de aquella mesa, no dejaba de mirarles.

El viejo joven del blazer se fijó en mí, sin duda debido a mi talla y a la toalla de felpa con que me había cubierto la cabeza a modo de turbante. Se inclinó hacia mi cofrade para susurrarle algunas palabras y se levantó. Venía hacia mí.

Aceleré el paso. Pero tenía que rendirme a la evidencia: me estaba siguiendo. Llevaba un pantalón gris oscuro y mocasines, y aquella indumentaria, a primera hora de la tarde y en esta playa aplastada por el sol, me provocaba el deseo de acudir a su encuentro y golpearle en el hombro para asegurarme de que no se trataba de un espejismo. Pero eché a correr.

Él corría también, detrás de mí. Dio un traspiés, o tal vez se torció el tobillo en la arena. Se cayó cuan largo era. Di media vuelta y le ayudé a levantarse.

—¿Es usted Jean Moreno?

—Se equivoca usted.

Se apoyaba en mi brazo. Ahora que ya estaba de pie, no había razón alguna para quedarme con él. Tenía que conseguir librarme a toda costa.

—Venga ya, por favor… Usted es Moreno…

Intentaba recuperar aliento y no me soltaba el brazo.

—Usted es Moreno…

¿Hasta cuándo iba a estar repitiendo aquel nombre que había sido el mío y que yo no había oído pronunciar desde hacía tanto tiempo que su sonoridad me atemorizaba?

Sacudí el brazo para librarme de su presión. El mechón se le había pegado a la punta de la nariz. El rostro aparecía inundado de sudor y el blazer completamente desabrochado.

—Me llamo Jimmy Sarano —le dije con suavidad, como si pidiera disculpas.

—¿Le importaría concederme una charla?

No me creía. Se había vuelto a abrochar el blazer y se secaba la frente. Dudaba si dejarle allí plantado, con brutalidad.

—¿Una charla sobre qué?

—Sobre usted. Me dedico a hacer grandes reportajes en una revista.

—¿Grandes reportajes?

Tardé un rato en comprender, hay expresiones cuyo sentido había olvidado.

—Ah, sí… Reportajes…

—Grandes reportajes sobre ciudades donde suceden cosas: Panamá, Tánger, México, Nueva York, Calcuta… No sabía que vivía usted aquí… Me gustaría que me dijera por qué vive aquí… Usted es Jean Moreno… ¿Vive usted en Mercedes Terrace?

¿Pretendía hacerme comprender que no podía esquivarle, ya que conocía mi dirección?

—Usted escribía libros, de eso hace mucho tiempo. Me acuerdo de usted, más o menos…

Yo había echado a andar otra vez. Y él volvió a seguirme.

—El viejo que entrevistaba usted es escritor, ¿verdad? —le pregunté volviéndome hacia él.

—¿El viejo?

Lanzó una risita de superioridad.

—El viejo, como usted dice, está de moda ahora en París. Lo hemos redescubierto. Vuelven a editarse sus libros. En cierto modo, es gracias a mí. Hice un gran reportaje sobre él hace un año. No parece usted muy al corriente…

No, no estaba al corriente, y para emplear una expresión de mi colega Mercadié, todos nosotros, en Radio Mundial habíamos «perdido el contacto» con nuestros países de origen, y tal vez con el mundo. Mejor para él si el hombre que había escrito *Panteras y Escarabajos, Aus dem spanischen Suden* y *Mármoles y cueros* gozaba de nueva estima, pero aquello no era de mi incumbencia. Y además, el secreto de la duración de aquel anciano inmortal a través de todo el siglo debía ser la ausencia total de un órgano que se cansa muy deprisa: el corazón.

Intentaba retenerme, agarrándome el hombro.

—¿No le gustaría que hiciera lo mismo con usted? ¿Que volviera a poner de moda sus libros?

Yo seguía andando y él no me dejaba.

—Le voy a hacer una pregunta indiscreta… ¿Estaba usted en el coche la noche del accidente? Ya lo ve, estoy al corriente… Tengo mucha memoria en lo que se refiere a las páginas de sucesos… Entonces, ¿estaba usted en el coche? Ahora todo ha prescrito y yo puedo darle la ocasión de decir la verdad… ¿Fue un crimen o tan sólo un caso banal de inasistencia a persona en peligro?

El tono de su voz era el de la mundana curiosidad, como si me estuviera preguntando si había estado en el Gran Premio de Longchamp.

—Cállese —le dije.

Seguí andando… Aquella vez se quedó quieto. Me volví de nuevo. Recobré el aliento:

—Si sigue visitando ciudades «donde suceden cosas», mándeme tarjetas postales…

De pie, inmóvil, en medio de la playa, tenía los brazos colgando del blazer, los pantalones grises, los mocasines americanos. De vez en cuando me volvía para comprobar que no me seguía. No. Había renunciado a seguir las huellas de Jean Moreno, que se perdía en las arenas y tuve la sensación de romper el último vínculo que aún me unía a mí mismo.

Me había quitado las gafas de sol ante el sudor que me chorreaba de la frente, y me limpié la cara con una punta de la toalla de baño que me servía de turbante.

Al llegar a una altura en que ya no podía volver a cogerme, me detuve. No se había movido, aún estaba en la misma posición. El azul del blazer, al sol, resultaba cegador, no veía más que aquel azul centelleante, y entonces pensé que, después de todo, al cabo de cierto tiempo y a partir de cierta distancia, ya no quedan —qué le vamos a hacer— más que manchas de color.

Golpeaba el sol con una fuerza tal que sentía la piedra ardiente, a pesar de la suela de las alpargatas, al atravesar la plaza del Mercado. Me protegí a la sombra de la estatua de Javier Cruz Valer. Unos cien metros más y conseguiría llegar a la parada del tranvía, allá, al lado de la avenida. Pero antes quería que se secara el sudor que me inundaba la cara y me pegaba la camisa al cuerpo.

Así, había regresado a la sombra protectora de Cruz Valer, aquel mismo lugar donde, la otra noche, me había parado aquella Marie del hotel Alvear, y que hace un rato llevaba un vestido verde. Una especie de complicidad me unía a Cruz Valer, cuyo índice señalaba —o al menos eso me parecía— en dirección a la playa, como si me ordenara regresar a aquella playa y volver con el joven viejo del blazer. Sí, desde luego, ambos podríamos haber evocado el pasado, mis viejos libros, y yo le habría preguntado novedades de Francia y de París. Hasta me habría presentado a mi cofrade en el restaurante Sindbad, y los tres habríamos entablado una conversación mientras bebíamos aquel agua mineral algo pesada… Pero estaba yo solo, cuarenta grados a la sombra, al pie de una estatua de bronce.

Ante mí, la explanada del Fuerte, desierta. Ni una sola mesa en la terraza del café Lusignan. Nadie. Ni un ruido. Una ciudad muerta bajo el sol. Y aquella angustia ante la idea de atravesar la distancia que me separaba de la parada del tranvía, de esperar el tranvía tal vez media hora, de encontrarme con los asientos de cuero ahora ardiendo, y algo más tarde en medio de la otra explanada, delante de Radio Mundial, donde se levanta el pedestal abandonado por Cruz Valer…

La sensación de vacío me invadió con más violencia que de costumbre. Ya me resultaba familiar. Se apoderaba de mí, como de otros un ataque de paludismo. Aquello había empezado en París, cuando yo tenía unos treinta años. Los domingos de estío, a media tarde, en la hora en que se escucha el murmullo de los árboles, había una ausencia tal en el aire… De todo lo que he podido experimentar en el curso de los años en que escribía mis libros en París, aquella impresión de ausencia es la más fuerte. Es como un halo de luz blanca que me impide distinguir los demás detalles de mi vida en aquella época y que me enturbia los recuerdos. Hoy día ya conozco la manera de sobrellevar ese vértigo. Basta con que me repita a mí mismo, con suavidad, mi nuevo nombre: Jimmy Sarano, la fecha y lugar de mi nacimiento, cómo empleo mi tiempo, el nombre de los colegas de Radio Mundial que veré ese mismo día, el resumen del capítulo de las *Aventuras de Luis XVII* que voy a escribir, mi dirección, Mercedes Terrace n.° 33, en resumen, que me agarre a todos esos puntos de referencia para no dejarme aspirar por lo que no puedo llamar

sino *el vacío*.

Pero en aquella ocasión me daba igual repetirme en voz alta: me llamo Jimmy Sarano, nací el 20 de julio de 1945 en Boulogne-Billancourt, Francia, tengo que ir esta tarde a Radio Mundial y allí veré a mis colegas Carlos Sirvent, Mercadié, Jacques Lemoine: escribiré en el despacho de Sirvent un nuevo capítulo de las *Aventuras de Luis XVII*; por la noche volveré a casa en tranvía; el chófer de la americana me estará esperando en la parada del Vellado; iremos por la avenida Villadeval; llegaré a mi casa, Mercedes Terrace n.° 33… Por mucho que me repitiera aquello cada vez con más fuerza, mi voz, mis actividades cotidianas, mi vida se diluían en el silencio y el sol de esta ciudad muerta.

Como último recurso terminé por repetir: «Es la hora de la siesta. Es la hora de la siesta», y aquella frase tranquilizadora me calmó poco a poco. Por supuesto, como en todas las ciudades del sur, no habría nadie por la calle hasta más o menos las cinco de la tarde. Y luego, otra vez las tiendas, los tranvías y las terrazas de los cafés se llenarían de gente, escucharía el estallido de voces y carcajadas, y hasta podría irme al Rosal a tomar el aperitivo en ese momento en que nos envuelve el barullo de las conversaciones.

La hora de la siesta. Intentaba concentrar el pensamiento en alguna cosa precisa a fin de escapar a aquel sentimiento de vacío. No apartaba la vista del índice de bronce de Cruz Valer, que ahora se dirigía en una dirección distinta a la de la playa. ¿Era un mal sueño o es que los dedos de las estatuas se mueven y cada vez señalan en una dirección distinta? ¿O era tan sólo que aquel índice se me aparecía ahora desde un ángulo de visión diferente? Señalaba la explanada del Fuerte y algo más lejos el dédalo de las calles que llevan al hotel Alvear.

Era la hora de la siesta. El dueño del hotel, con su camisa de satén verde de manga corta, dormitaba desplomado contra el mostrador de la recepción. Encima suyo el ventilador agitaba el aire con aquellas grandes palas de madera barnizada. La escalera con la alfombra roja. Y en el segundo piso, la habitación. Las ventanas daban a la placita y a la fuente, cuyo murmullo podía oírse. Las persianas estaban cerradas y a través de las ranuras los rayos de sol

dibujaban en el techo un luminoso enrejado.

Una cama grande con barrotes de cobre. Un armario con espejo. Vestidos y blusas arrojados encima de las sillas y el sillón. Con el tiempo disminuyen las ambiciones: la única que en aquel momento me parecía digna de interés era volver a estar con ella en la frescura de aquella habitación, en la cama, a la hora de la siesta.

Finalmente me decidí a dejar la sombra de la estatua de Cruz Valer y me eché a andar, otra vez bajo el sol, hasta la parada el tranvía, en la avenida Pasteur. Me daba igual esperar otra vez y seguir el camino de la Corniche hasta Radio Mundial, solo, encima de aquellos asientos de cuero ardiendo. No podía dejar de pensar en aquella habitación. Según me la imaginaba, era exactamente como la que había alquilado Rose-Marie, y el hotel Alvear se confundía para mí con el Moncey Hotel, en la rue Blanche.

Aquella noche había llamado a la puerta del camerino de Rose-Marie, en lugar de abrirla yo mismo y entrar, como solía hacer. Estaba convencido de que el hombre que había estado con ella hacía un rato en su habitación del Moncey Hotel ocuparía el viejo sillón desfondado, junto a la mesa de maquillaje.

Me abrió ella y me sonrió. Llevaba un albornoz blanco. El sillón estaba vacío. En cuando vi a la niña, encima del taburete, con la espalda apoyada contra la pared, comprendí que no había nada nuevo. Una noche exactamente igual que todas las demás.

Ocupé el sitio del sillón de cuero desfondado. Rose-Marie siguió maquillándose.

—Cuando has llamado, mi pequeño Jean, creía que era Beauchamp…

Pronunciaba Beauchamp a la francesa, como yo, como todos nosotros, como el propio Beauchamp, pero me había enterado de que era un nombre inglés y había que pronunciarlo *Bí-chan*. Un día me lo había encontrado por la calle y le interpelé así:

—Buenos días, señor Bí-chan.

Pensaba yo que aquello le iba a gustar, porque debía de estar cansado de que le farfullearan siempre el nombre. Pero, con voz grave, me confió:

—Prefiero que me llame simplemente Beauchamp, si no tiene usted

inconveniente.

En su taburete, la niña terminaba de quitar el papel transparente que envolvía una gran cesta de frutas escarchadas.

—¿Puedo coger una, mamá?

—Si quieres.

Pellizcó con el índice y el pulgar la cereza que marcaba la cumbre de aquella bandeja multicolor y antes de llevársela a la boca lo dudó un instante. Después se decidió a tragársela y empezó a masticarla con aire cuidadoso.

—Es un regalo de Beauchamp… —dijo Rose-Marie.

Beauchamp le mandaba a menudo ramos de flores. Una noche que estaba yo sentado en el sillón llamaron a la puerta, pero Rose-Marie no respondió. Se había puesto el dedo en los labios para que guardáramos silencio los dos, la niña y yo. La puerta iba a abrirse y alguien iba a entrar. Un ligero crujido. Alguien deslizaba un objeto brillante por el intersticio entre la puerta y el piso. La niña y yo teníamos los ojos fijos en aquel objeto que avanzaba por el suelo y que parecía ser un brazalete. Rose-Marie, en la mesa de maquillaje, se volvió por fin.

—Tráelo —dijo ella.

La pequeña se inclinó, tomó el brazalete y se lo llevó a su madre con infinita precaución. Ella lo examinó un instante y me lo tendió con gesto desdeñoso.

—Toma, mi pequeño Jean…

Y dijo aquella frase que tan a menudo tenía en los labios:

—Es un regalo de Beauchamp…

Habían comprado el brazalete en una gran joyería. Lo supe más tarde, cuando tuve que venderlo por Rose-Marie. Lo dejé encima de la mesa de maquillaje. Ni se había fijado en él.

—¿No quieres una? —me preguntó la niña señalándome el cesto de frutas escarchadas—. Hay naranjas y albaricoques.

—Dame un albaricoque.

Intentaba arrancarle un albaricoque a aquel conjunto de frutas escarchadas tan sabia y sólidamente ordenado.

—Es igual, dame cualquiera de ellas.

—Se me pegan a los dedos.

Consiguió extraer una mandarina. Se levantó y me la deslizó en la mano. Esperó delante del sillón a que me comiera la mandarina.

—¿Está buena?

—Muy buena.

—Voy a ver si hay más.

Comprobó si aún quedaban mandarinas entre las frutas aglutinadas de la cesta.

—Quedan dos más.

—No te las comas todas —dijo Rose-Marie.

¿Pero quién estaba con ella aquella tarde en la habitación del Moncey Hotel? ¿Beauchamp? No era su estilo. No podía imaginarme a Beauchamp subiendo la escalera, todo tieso, con su terno gris de impecable corte, para encontrarse en medio del desorden de la habitación. ¿Alguien que yo conocía? ¿Cómo averiguarlo? ¿Y por qué tenía que averiguarlo?

Rose-Marie se había quitado el albornoz y lo había dejado en el respaldo del sillón donde yo estaba sentado. Se estaba poniendo el traje de escena para la segunda parte del espectáculo. De aquel traje sólo recuerdo el ajustador negro. La niña, sentada en el taburete, volcaba la cabeza hacia atrás y la apoyaba contra el terciopelo azul de la pared. Nunca hubiera podido imaginar que aquella sería una de las imágenes más claras que conservaría de toda aquella época.

Rose-Marie abría un estuche redondo que le servía de joyero y en el momento se desgranaban una serie de notas de metálica sonoridad sobre un ritmo muy lento. Las notas eran cada vez más vacilantes, ya que se olvidaba de darle cuerda al mecanismo. Aquella música exhausta, siempre a punto de extinguirse, anunciaba que iba a entrar a escena en unos minutos: había extraído de la caja los aros que tenía que colocarse para su trabajo. Lo normal es que prefiriera que nos quedáramos en el camerino hasta que terminase el espectáculo. En su ausencia, la niña y yo jugábamos a las cartas, o leíamos, cada uno en su respectivo asiento. De vez en cuando la niña me lanzaba una mirada estudiosa y volvía a su lectura.

Pero aquella noche, después de haber cerrado el estuche de las joyas, me

dijo Rose-Marie:

—Os podéis ir los dos… No hace falta que me esperes, mi pequeño Jean…

Salió del camerino dejando abierta la puerta, como de costumbre. Escuchábamos pasos apresurados en los pasillos, la música de la revista y lejanos aplausos. El otro vendría a buscarla después del espectáculo. Se sentaría en el sillón mientras ella se quitaba el maquillaje. Por eso quería librarse de mí.

Me encontré de nuevo con la niña en la acera izquierda de la rue Fontaine, la de los números impares. La niña llevaba la cesta de frutas escarchadas que había envuelto en el papel de celofán y yo la dejaba llevar aquella cesta tan pesada. A los veinte años no tenía todavía edad de experimentar fiebres paternales. Tan sólo Rose-Marie me ocupaba el entendimiento.

La niña habría querido, como todas las noches, que fuéramos a beber una granadina al Gavarni. Siempre estaba que se caía de sueño, pero la perspectiva de una granadina en el Gavarni le insuflaba valor suficiente para soportar las largas esperas en el camerino de su madre. Era una especie de recompensa que aquella tarde le negué. Una simple granadina. No podía yo pensar que aquello me iba a provocar remordimientos veinte años más tarde, allí, en ese momento, en el despacho de Carlos Sirvent en Radio Mundial, tan lejos de París. Tenía que escribir el nuevo episodio de las *Aventuras de Luis XVII*, pero en lugar de eso recopilo en este papel aquellos fragmentos de recuerdos. Carlos se quedará desconcertado si entra y se inclina sobre mi hombro para comprobar cómo va mi trabajo. Hasta puedo oír su irónica voz:

—Da la impresión de que las *Aventuras de Luis XVII* han dado un rodeo muy personal…

En fin, no nos detuvimos en el Gavarini. Yo andaba demasiado aprisa y le costaba trabajo seguirme por culpa de la cesta de frutas escarchadas. Yo estaba perdido en mis pensamientos. Subimos por la calle hasta la place Blanche y dejamos atrás el teatro Fontaine donde, antaño, mi madre y Max Montavon interpretaban aquel vodevil para algún perro solitario.

Íbamos a atravesar la plaza cuando se detuvo ante la farmacia uno de esos pequeños autocares azul marino, del tipo de los que van y vienen entre la

estación, los hoteles y las pistas de esquí en las estaciones de deportes invernales.

—Eh, vosotros dos.

Era Dé. Acababa de sacar el autocar. Dé «Magdebourg», un amigo de Rose-Marie mayor que yo, veinticinco años tal vez. Trabajaba en una agencia de viajes del distrito dieciséis, en la rue de Magdebourg —de ahí su apodo.

Se inclinó hacia la niña:

—Qué bonita es esa cesta de frutas…

Y yo le dije la frase ritual:

—Es un regalo de Beauchamp…

—Ah, sí… Ya veo… Os llevo a dar un paseo en autocar…

—Tengo que acostar a la niña.

—No, hombre, no, qué tontería… Estoy seguro de que ella prefiere dar un paseo en autocar… ¿Te gustaría, verdad?

La niña dijo «sí» con timidez. Se mantenía derecha, cargada con la cesta de frutas escarchadas.

—¿Habéis visto mi autocar?

Con un movimiento de la mano nos invitó a subir a bordo. Yo me senté en el asiento de la izquierda, tras él, sin hacer caso de la niña, que se deslizó en el de la derecha, con su cesta de frutas escarchadas.

—¿Es la primera vez que das un paseo en autocar? —le preguntó Magdebourg a la niña.

Pero ella guardó silencio.

—Te vamos a llevar a ver la torre Eiffel y los monumentos de París —dijo Magdebourg—. Esta noche están iluminados… Creo que es el vigésimo aniversario del Armisticio… ¿Te gustaría ver la torre Eiffel?

—Sí, me gustaría ver la torre Eiffel —dijo ella muy deprisa, como si estuviera recitando una lección.

—Entonces, ¿no os habéis quedado en el camerino de Rose-Marie? — me preguntó Magdebourg.

—Esta noche, no. Debía de tener una cita.

Él conocía muy bien a Rose-Marie. A menudo le servía de chófer. Ella le contaba sus secretos. Sin duda alguna, conocía muchos más que yo.

—¿No os importa si hago unos recados en el barrio antes del paseo? —dijo Magdebourg.

Me dio unas explicaciones que yo apenas escuchaba: su agencia de viajes alquilaba autocares como aquel para los turistas que querían visitar París por la noche. Y tenía que distribuir prospectos por aquí y por allá.

Primero se paró en la place Pigalle, abrió la guantera y sacó unos cuantos sobres que les entregó a los porteros con galones de Eve y de los Naturistes. Una parada delante del Théatre en Rond, en la rue Frochot. Otras etapas: L'Heure Bleue. La Roulotte. Le Royal Soupers… Pasamos delante del teatro Fontaine, pero estaba cerrado. Y al evocar hoy nuestro paseo nocturno, me quedo sorprendido por la indiferencia que mostré hacia aquella niña, sentada sola, allí en su asiento. ¿Cómo es posible que no haya tenido ni un gesto de afecto por ella, ni un impulso de solidaridad? Sin embargo, las calles no habían cambiado en esos cinco años, los neones brillaban con el mismo brillo indiferente. Y yo volvía sobre mis propias huellas: nuestro itinerario era idéntico al que había seguido, una noche, por aquel barrio en el que había tenido el sentimiento de ser también yo un niño perdido.

Una última etapa en el bulevar de Clichy. El Moulin-Rouge. En esa ocasión, Dé Magdebourg, apostado en medio de la acera, distribuía sus sobres a los turistas que entraban en el Music-hall a ver la revista. Después, con las manos vacías, volvió a ponerse al volante.

—¡Misión cumplida!

Enfilamos la rue Blanche. Íbamos muy despacio por culpa de un coche que iba delante y al que no podíamos adelantar. Pasamos delante del Moncey Hotel. Levanté la cabeza hacia la ventana de la habitación de Rose-Marie, en el segundo piso. Había luz:

—Qué raro —farfullé a Magdebourg—, Rose-Marie está en la habitación.

Tenía la esperanza de que acaso me diera una explicación. Pero no. Se encogió de hombros sin decir nada.

El desconocido esperaba en la habitación. No había más muebles que la cama de barrotes de cobre, dos sillas de mimbre y un armario con espejo. Estaba tendido en la cama. Hojeaba un periódico o acaso fumaba, con los ojos fijos en el techo. Di un gran suspiro:

—Estaba con alguien en la habitación de su hotel esta tarde —dije yo—. ¿Tienes idea quién podía ser?

Magdebourg volvió la cara hacia mí.

—¿Celoso?

—No.

—Al que sea celoso más le vale no conocer a Rose-Marie.

Intenté sonreír, pero me daba perfecta cuenta de que los labios se me contraían en una mueca.

—¿No tienes idea de quién podía estar con ella esta tarde?

—Yo.

Me sobresalté. ¿Y por qué no él? Después de todo, entraba dentro de lo posible. Rose-Marie me hablaba a menudo del encanto de Magdebourg. Hoy día ya no recuerdo con precisión los rasgos de su rostro, pero me parece recordar que tenía el pelo rizado y moreno, la piel mate, una suavidad y una elegancia en su aspecto que venía de un lejano origen martiniqués o jamaicano.

—¿Eras tú?

Se echó a reír.

—No. Esta tarde, no. Pero puedo intentar averiguar quién era.

Me miraba fijamente con aquellos ojos entornados.

—Date cuenta… Va a ser difícil… Hay tantos, que uno se pierde… Por lo pronto, creo que podemos eliminar a Beauchamp.

—Sí.

—Pero quedan un montón…

Lanzó un suspiro antes de darme un golpecito amistoso en la rodilla.

—De todas formas, tú eres uno de los preferidos.

Habíamos llegado al bulevar des Capucines, a la altura del Café de la Paix. Dé Magdebourg se detuvo junto a la acera, tras el kiosco de periódicos. No había ni una mesa libre en la gran terraza del café.

—Tengo que distribuir los demás prospectos… Hay muchos turistas aquí…

Sacó de la guantera el último montón de sobres, se subió al estribo del autocar y con un gesto amplio y rápido del brazo lanzó todos los sobres hacia

aquella multitud que estaba sentada ante las mesas de la terraza. La brisa estival esparció los sobres por encima de las cabezas antes de que cayeran con lentitud de hojas muertas. Casi todo el mundo los abría y un muchacho con pantalón corto de franela gris recogía los que se habían quedado por la acera.

La niña nos observaba con mirada temerosa. Seguimos por el bulevar des Capucines hacia la Madeleine y hoy vuelvo a hacer aquel itinerario en el despacho de Carlos Sirvent, y lamento que las cosas no hayan sido de otra manera. ¿Por qué no estaba yo junto a ella, en su asiento? Le echo el brazo por el hombro y le cuento un recuerdo de mi infancia… Cuando yo tenía la edad de aquella niña mi padre me llevaba a menudo a pasar las interminables tardes del domingo a la terraza de aquel café de la Paix, donde hace un rato volaban los sobres por encima de las mesas. Nos quedábamos en silencio mi padre y yo. De vez en cuando, para romper el silencio, decía:

—¿Vamos a pesarnos?

Nos levantábamos, atravesábamos la terraza del café. Algo más allá, pasada la entrada del Grand Hotel, entre dos escaparates, había una balanza automática. Nos subíamos en la balanza, uno después del otro, esperábamos que cayera el ticket rosa donde aparecía impreso nuestro peso y volvíamos a sentarnos en la terraza del Café de la Paix. El silencio se instalaba de nuevo entre nosotros hasta el momento mismo en que mi padre, con voz distraída, dejaba caer:

—¿Vamos a pesarnos?

Pasada la plaza de la Concorde, Dé Magdebourg giró a la derecha y enfiló los castaños del Cours-la-Reine.

—¿Todavía te estás preguntando quién estaba con Rose-Marie esta tarde?

Le colgaba un cigarrillo del borde de los labios y tenía una curiosa mueca. ¿Era por el humo? ¿O se estaba burlando de mí?

—Hay alguien que podría informarte… El único, creo yo…

—¿Quién?

—Beauchamp.

Hablábamos en voz alta, delante de la niña. Ni siquiera se me ocurrió que aquella conversación sobre su madre no era adecuada para su edad.

—¿Beauchamp?

—Sí. Beauchamp. Está obsesionado por Rose-Marie… Una noche le vi a Beauchamp esperando durante horas delante del hotel de la rue Blanche… ¿Y sabes lo que resultaba más curioso? Estaba esperando bajo la lluvia… Estaba completamente empapado… Imagínate a Beauchamp con su traje gris, chorreando agua…

Me lo imaginaba perfectamente, a aquel hombre ya cuarentón de distinguida silueta, saliendo de su piso de la plaza del Palais-Bourbon y yéndose a esperar durante horas en la rue Blanche, bajo la lluvia …

—Estoy seguro de que la hace seguir por un detective privado… Está al corriente. Deberías preguntarle a Beauchamp, majete… Te enterarías de todo…

Se echó a reír con carcajadas algo ahogadas, de una manera que me resultaba agradable y que era divertida. Por desgracia, aquella noche yo no tenía ganas de reír.

—Te enterarías de todo… Hora a hora. Hasta te daría una lista… Te enseñaría fotos, películas…

Le sacudió un ataque de risa histérica tan fuerte que se le escapaba el volante y el autocar dio un bandazo inmediatamente antes de penetrar en el túnel de l'Alma. No paraba de reír y apoyaba a fondo el acelerador. Sentí la mano de la niña que se me agarraba al hombro. Después cedió la presión. Se me mezclan los recuerdos. Creo que nos detuvimos en la esquina de una avenida para ver el Arco del Triunfo. Bajo el arco flameaba al viento una gran bandera tricolor y unos proyectores, azul, blanco y rojo, dibujaban en el cielo una V, la de la Victoria.

Descendimos de nuevo hacia el Sena y bordeamos los jardines del Trocadéro. Magdebourg se empeñó en enseñamos todas las fuentes iluminadas. Nos llegaban desde la explanada fragmentos de música militar mezclada a una voz grave que repercutía en los altavoces.

—Lo retransmiten por París-Inter —dijo Magdebourg.

Giró el botón de marfil junto a la guantera.

—Escuchad… Estamos en pleno cinemascope… Sólo le faltaba el sonido.

Elevó el volumen de la radio al máximo. La voz grave de la Explanada del Trocadéro anunciaba que uno de los viejos carros de asalto de la División

Lederc, que había entrado en París veintiún años antes, salía de la Escuela militar, atravesaba los jardines del Campo de Marte y se detenía entre los pilares de la torre Eiffel.

—Yo quiero verlo —dijo Magdebourg. Atravesó el puente y aparcamos en medio de la acera. La multitud se apelotonaba bajo la torre Eiffel, mientras en la radio, o al otro lado, en la explanada, o vete a saber dónde, estallaba una fanfarria. Magdebourg estaba de pie, encima del estribo del autocar.

—Ahí llegan, Jean… vale la pena echar un vistazo…

Me quedé sentado en mi sitio. ¿Con quién podía estar Rose-Marie en aquel momento, en su habitación del Moncey Hotel? La niña, echada a lo largo en su asiento, se había dormido abrazando la cesta de frutas escarchadas.

Dé Magdebourg nos acompañó por el camino que solíamos seguir a pie la niña y yo. El puente, por encima del cementerio. La fachada del hotel Terrass, en cuyo último piso había siempre una vidriera iluminada. La rue Caulaincourt. Giró a la derecha y se paró delante de la blanca fachada del número 36 de la avenue Junot.

Aún nos quedamos un rato charlando en el autocar. En el primer piso del número 36, la habitación de Rose-Marie estaba a oscuras, y yo esperaba que en cualquier momento el ruido de un motor anunciara su regreso. Pero no fue así. Nada turbaba el silencio de la avenida, excepto nuestras voces, la de Madgebourg y la mía.

¿De qué hablábamos? De cosas que hoy carecen de la menor importancia. Intento revivir aquel momento, pero no escucho más que lo que me dice Magdebourg. No oigo mi propia voz. La distinguida silueta de Beauchamp, que merodeaba en nuestra conversación, se difumina en la lluvia. También el rostro de Dé Magdebourg se me borra, Magdebourg se volatiliza por completo. Rose-Marie, a la que yo esperaba aquella noche con tanta angustia, no es ya más que un personaje secundario, una comparsa apenas distinguible en el fondo del cuadro. Hasta me pregunto si realmente existía aquella habitación donde se encontraba en compañía de un desconocido, y si no se trata de la habitación del hotel Alvear según la imagino.

Mientras hablaba con Magdebourg, me veía obligado, a pesar de todo, a echarle un vistazo distraído a la niña, a la derecha. Pero era como si no la

viera. Y ahora, al cabo de veinte años, aquella imagen se me impone y borra con su brillo todo lo que la rodeaba. Estoy solo, sentando en la parte delante de aquel autocar, es de noche, estamos en la avenue Junot. Me vuelvo. La niña está echada en el asiento derecho y duerme, con su cesta de frutas escarchadas. La veo muy bien, con su pelo castaño claro contra el cuero rojo… Es como si la apuntara un proyector —o más bien que ella misma es quien ha atraído el haz de ese proyector, dejando en sombras todo lo demás. Hay una frase que me viene a la memoria, algo que había oído decir no sé ya dónde: Ella nos quita toda la luz.

La desperté sacudiéndole por los hombros. Salió del autocar, la carita hinchada de sueño, y me siguió con paso vacilante hasta la entrada del edificio. Magdebourg arrancó, nos hizo un gesto con la mano y el autocar desapareció por la esquina de la rue Caulaincourt.

Y ahora es cuando me doy cuenta, en el momento en que escribo estas líneas en el despacho de Carlos Sirvent, que nos olvidamos la cesta de frutas escarchadas encima del asiento.

* * *

Eran las siete de la tarde. Me fui del despacho de Sirvent después de introducir en el interior de mi bolsillo aquellas pocas páginas que había rellenado. Seguí por el pasillo y llamé a la puerta del despacho que compartía Mercadié con Jacques Lemoine, donde ambos ponían a punto las emisiones francesas de Radio Mundial.

La ronca voz de Mercadié me pidió que entrara. Estaba solo. Me observaba.

—Parece usted algo alterado, amigo.

—No, no…

—Está usted como yo… Le resulta insoportable el calor…

Le echó mano a una botella de agua mineral en el otro extremo de la mesa, aquel agua mineral tan singular de la región, y me echó un vaso. Me la bebí de un trago.

—¿Qué tal?

—Mejor.

—Esta tarde hace mucho menos calor…

Levanté la ventana de guillotina. Una corriente de aire desparramó por el suelo las hojas de papel que se amontonaban en la mesa.

—La brisa océana —balbucí.

Pero el tono de mi voz debía de resultar extraño: Mercadié se hundió en la boca una pipa apagada y me dijo:

—¿Le preocupa a usted algo?

—En absoluto.

Saqué del bolsillo las hojas que acababa de escribir.

—¿Es el último episodio de las *Aventuras de Luis XVII*? Mire usted, le diré algo, aquí entre nosotros, sería más sencillo que pasaran en francés en nuestras emisiones, mejor que en español, con Sirvent.

—No quiero dejar tirado a Sirvent.

—Era una broma.

Chupó nerviosamente en la pipa apagada. Aquello le imponía una ligera contracción de los labios. Era un tic muy suyo.

—Venía por lo de nuestra emisión de esta noche —dije—. Sólo quería que le añadiera un texto a lo que ya le he entregado.

—Dígame.

—Es esto.

Tomé una hojita para notas de la mesa, un bolígrafo y a medida que yo escribía en mayúsculas, él leía en voz alta:

CUALQUIER PERSONA QUE PUEDA DAR DETALLES SOBRE UNA CESTA DE FRUTAS ESCARCHADAS OLVIDADA EL 9 DE MAYO DE 1965 EN EL ASIENTO DE UN AUTOCAR COLOR AZUL MARINO QUE ESTABA DETENIDO HACIA LA UNA DE LA MAÑANA ANTE EL NÚMERO 36 DE LA AVENUE JUNOT DE PARÍS XVIII, CONDUCIDO POR UN TAL EDMOND, LLAMADO «MAGDEBOURG», SE LE RUEGA QUE ESCRIBA A RADIO MUNDIAL, EMISIONES EN LENGUA FRANCESA B. P. 10.224.

Mercadié volvió a leer el texto, el ceño fruncido.

—¿Es un mensaje personal?

—Sí. Un mensaje personal.

—¿Tanta importancia le da usted a esa cesta de frutas escarchadas que sigue pensando en ella después de veinte años?

—Le parecerá una tontería, pero así es.

—¿Y espera usted que conteste alguien?

—Por lo menos habré hecho una llamada. Es mejor que el silencio.

Dejó la pipa apoyada contra el cenicero de la mesa. Caía la tarde, y a través de la ventana de guillotina nos envolvía a ambos la luz anaranjada del sol poniente.

—¿Ha puesto usted el número 36 de la avenue Junot?

—Sí.

Vaciló antes de hablar. Finalmente, dijo con voz sorda:

—Yo vivía en el número 36 de la avenue Junot.

Por primera vez en Radio Mundial había una compatriota que hacía alusión a su vida anterior. Y aquello me sorprendía en Mercadié, cuya discreción era proverbial en nuestro estrecho medio de expatriados.

—Viví allí hasta 1962 y en consecuencia no puedo informarle sobre esa cesta de frutas escarchadas de 1965.

—Pero tal vez ha conocido usted una niña y su madre, que vivían en el primer piso.

Lo dudó unos instantes.

—No… no… No recuerdo…

Me parecía que se encontraba en un estado de ánimo propicio a las confidencias. ¿Era el recuerdo de la avenue Junot lo que le llevaba a abandonar su habitual reserva?

—Sin embargo, la verdad es que me acuerdo de casi todos mis vecinos… En el 36 estaban Servais, Robert Lefort y Geo-Charles Véran…

Se abría una esclusa para liberar agua contenida durante demasiado tiempo. La cara se le dilató bruscamente. La tez, de ordinario tan pálida, se sonrosaba, a menos que aquello no fuera el reflejo del sol en el ocaso. En cualquier caso, nunca le había visto tan radiante. Seguía citándome nombres

con la misma gula del que, tras años de privaciones, vuelve a encontrar el placer de comer pasteles.

—En el 11, hacia arriba, estaba Nikitina… En el 15, Paul Colline…

Eran las ocho de la tarde. Tenía que irme si no quería perder el último tranvía que me dejaría en casa, en el Vellado. Intenté librarme de Mercadié, pero me seguía por el pasillo y después por la escalera.

—Ah, sí… Lo había olvidado. En el 36, una cantante. Madeleine Grey y Marjorie Lawrence, de la Ópera… y también los hermanos Schall…

Atravesábamos el vestíbulo de Radio Mundial uno al lado del otro.

—En el 27, Raumonde Garot… Se hizo amante de un futbolista que acabó mal… En el 37, Pierre Sandrini, el dueño del Tabarin. En el 38, Etchepare… Y Lodia, el astrólogo… En el 45, Gaston Saliag, Gabriello y Solange Moret, que se suicidó…

Se le aceleraba el caudal de la voz. Nada podía detenerle. ¿Se daba cuenta aún de mi presencia? ¿O hablaba para él solo? Yo apresuraba el paso, pero él andaba al mismo ritmo que yo, con su brazo pegado al mío:

—Me encanta hablar de toda aquella gente con usted… Aquí no hay nadie con quien hablar… Nadie… Es el desierto… El culo del mundo… ¿No le entra a usted muermo trabajando en esta mierda de radio perdida, sin poder hablar con nadie? ¿No?

Casi gritaba. Habíamos llegado a la escalinata de Radio Mundial. Unos cuantos escalones. La explanada. Ya era de noche.

—Tranquilícese, Henri —le dije.

Pero él, tan taciturno, tan plácido, con su pipa y el pelo cortado a cepillo…

—En el 35 estaba…

Buscaba un nombre y se había detenido justo en el límite de la explanada. Aproveché para apartarme de él imperceptiblemente.

—Estaba…

Permanecía inmóvil ante la escalinata de Radio Mundial. Aún me lanzaba otros nombres, pero yo me encontraba ya demasiado lejos para oírlos. Ya había rebasado el pedestal vacío en el que aún estaba grabado el nombre de Javier Cruz Valer. Y la llamada a la plegaria vespertina de un muecín a través

de un altavoz ahogó la voz de Mercadié.

El chófer me esperaba en el borde de la acera, en la parada del tranvía.

—Llego tarde. Me quedé charlando con un colega francés de Radio Mundial.

—Tiene usted derecho a hacer lo que le parezca.

Era una frase que me decía siempre que parecía pedir excusas en relación con la manera en que empleaba el tiempo.

—Tengo una carta para usted.

Me tendió un sobre verde que ya había sido abierto. El papel, del mismo color que el sobre, llevaba el nombre del hotel Alvear.

Espero verle muy pronto. Ya le indicaré cuando pueda.

Marie

Íbamos en dirección a mi casa, ahora uno al lado del otro, y no con un intervalo de diez metros entre los dos.

—La vi entrar en su edificio. Una chica con un bolso de paja… Le pregunté qué quería. Me dijo que venía a verle a usted. Le dije que no estaba. Entonces me entregó la carta.

—¿Y usted, la abrió?

Se encogió de hombros, con aspecto de lamentarlo.

—En el testamento de la americana pone que también tengo que vigilarle el correo.

Era la primera carta que recibía yo desde mi llegada a aquella ciudad. ¿Quién me iba a escribir?

—¿No se lo habrá tomado a mal? —me preguntó.

Me tendía un paquete de cigarrillos.

—Claro que no.

En casa saqué de nuevo la carta del sobre. La releí. Una letra muy grande. Las dos líneas ocupaban casi toda la hoja de papel. «Espero verle muy pronto». Aquella frase tenía en mi cabeza la resonancia de un eco con veinte años de antigüedad. Sí, íbamos a encontrarnos con aquellos de los que nos

preguntábamos si seguían vivos en algún sitio. «Espero verle muy pronto». Al menos había una voz que había conseguido atravesar la compacta masa de todos aquellos años acumulados uno encima del otro… «Espero verle muy pronto». No hubiera podido inventar una frase tan conmovedora como aquella para que la dijera Luis XVII en mi serial.

¿Aquella muchacha del hotel Alvear era la niña que yo había conocido en la rue Fontaine? A pesar de la frente y de la mirada, la edad no se correspondía exactamente y la coincidencia hubiera sido demasiado novelesca… ¿Pero acaso la vida no nos reserva sorpresas aún mayores que las que nos esperan en el capítulo siguiente de una novela?

Me eché en la cama. Cerraba los ojos. El rostro de la niña volvía a mi memoria, unas veces sobre el fondo de terciopelo rojo del camerino de Rose-Marie, otras sobre el cuero rojo del asiento donde se había dormido veinte años antes.

Dos timbrazos muy breves. Fui a abrir la puerta. Reconocía al jovenzuelo rubio que hacía de recadero en Radio Mundial. Me tendió un sobre y apenas le había dado las gracias ya desaparecía por la escalera.

La carta había sido abierta, como la del hotel Alvear. Me asomé al balcón de la terraza y vi al chófer, sentado en el banco. Hablaba con el joven rubio, que estaba agarrado con las dos manos al manillar de su motocicleta. Sentí curiosidad por saber si le estaba revelando la razón por la que tenía que abrirme las cartas. El recadero arrancó la moto y enfiló por la avenida Villadeval. El chófer permanecía sentado en el banco y fumaba plácidamente un cigarrillo. Todavía no eran las once de la noche.

Abrí la carta y reconocí la letra de patas de mosca de Mercadié.

Querido Jimmy:

Debo pedirle disculpas por lo de hace un rato… Una ola en el alma más fuerte que de costumbre…

Sin embargo, bien sabe Dios que consigo mantener mi «self-control» en cualquier situación. ¿Por qué tenía usted que despertarme viejos recuerdos con esa cesta de frutas escarchadas?

Tenía yo mucha razón al recomendar a nuestros compatriotas de

Radio Mundial que no hablasen nunca de su pasado, de ni Francia, ni de París… Somos una especie de Legión extranjera —de Bandera, como diría su amigo Sirvent— y en la Legión extranjera se callan las razones por las que uno se ha alistado— que, la mayor parte de las veces, son dolorosas… El silencio, ese el único medio de guardar el tipo. El silencio y la amnesia.

Su anuncio personal será difundido hacia la una de la madrugada, al final del programa. Podrá escucharlo en la voz de Roger Dann. Y ahora, quien va a terminar esta carta es el viejo Mercadié, el de la avenue Junot, y le dice: Sí, Jimmy, comprendo su actitud y hasta la apruebo. Es la misma actitud que le lleva a usted a escribir Las aventuras de Luis XVII. *Tiene usted razón, hay que intentar recuperar las personas y los objetos perdidos —aunque sólo sea una cesta de frutas escarchadas.*

Siempre suyo,

Henri

Estaba escuchando con atención las *Llamadas en la noche* en mi transistor. Prefería no encender la luz de la habitación. A través de la entreabierta ventana me llegaba un ruido de fondo que indica a las claras que no está uno en Europa: croar de ranas, cacareos de pavo real o de gallo y, más lejos, la llamada del muecín amplificada por el altavoz y que el viento lleva desde los confines de la ciudad hasta el Vellado.

Y después, tras un intermedio musical —uno de esos temas mexicanos a los que la trompeta les da una falsa alegría— la voz profunda de Roger Dann:

CUALQUIER PERSONA QUE PUEDA… CESTA… OLVIDADA… LA UNA DE LA MAÑANA… NÚMERO 36 DE LA AVENUE JUNOT… LLAMADO «MAGDEBOURG»… EMISIONES EN LENGUA FRANCESA…

Imaginaba, al otro extremo de la ciudad, junto al Fuerte, la habitación del hotel Alvear. Estaba sentada encima de la cama con barrotes de cobre y escuchaba la radio. Y aquellas palabras… CESTA DE FRUTAS ESCARCHADAS… BANQUETA… despertaban en ella un recuerdo, vago como un reflejo de luna.

Timbrazos repetidos. El teléfono del edificio, un aparato contra la pared de la entrada, donde hay que echar fichas y monedas. Los timbrazos habían comenzado en el momento en que Roger Dann murmuraba con su voz aterciopelada las últimas palabras del mensaje… EMISIONES EN LENGUA FRANCESA B. P. 10.224, y tuve la certidumbre de que aquella llamada era para mí. «Espero verle pronto. Ya le indicaré cuando pueda».

Bajé a toda velocidad, sin encender el automático del rellano y descolgué a tientas el auricular.

—¿Jimmy?

Una voz masculina.

—¿Quién está al aparato?

—Carlos. ¿No me reconoce usted?

Carlos Sirvent. Era como una ducha fría.

—Discúlpeme, Carlos… Estaba durmiendo…

—¿Y a pesar de eso ha oído la llamada…? Le llamaba un poco al azar… Pensaba que el portero le pasaría la comunicación…

—Pero es que aquí no hay portero, Carlos…

—Me alegra haberle localizado… Todavía estoy en mi despacho de Radio Mundial… Escuche, Jimmy… Esperaba alguna noticia suya…

—¿Alguna noticia?

—No me ha entregado aún el nuevo episodio de las *Aventuras de Luis XVII*... Y no me queda ninguno para mañana.

Permanecí en silencio.

—Al parecer, ha estado usted escribiendo en mi despacho esta tarde… ¿Es que se ha llevado el texto consigo, por descuido, en lugar de hacerlo mecanografiar?

—De ninguna manera. Estaba trabajando en otra cosa.

—¿En otra cosa?

—Sí, Carlos. Estuve redactando unos cuantos recuerdos personales.

—Supongo que no habla usted en serio.

—Sí. Le hablo en serio.

Un instante de silencio.

—¿Me deja usted plantado, Jimmy?

—De ninguna manera.

—Estoy convencido de que se entiende usted con Mercadié a espaldas mías. Háble me con franqueza… Si tiene usted la intención de no trabajar más que para las emisiones francesas, dígamelo.

—Qué locura, Carlos… Usted sabe que soy su amigo…

—¿De veras es usted mi amigo?

—Carlos. Qué disparates piensa usted esta noche.

—Sí. Disparates, eso es.

De nuevo un silencio. Y yo mantenía el auricular contra mi oído en la oscuridad de la entrada.

—Me había adormilado… Y acabo de despertarme. Esta hora es bastante difícil, aquí, en Radio Mundial… Es la hora en que terminan la mayor parte de los programas… Se siente uno tan solo, en esta radio, en el culo del mundo…

Decididamente aquel día no tenía yo mucha suerte. Después de Mercadié era Sirvent quien se dejaba dominar por la ola en el alma.

—Se pregunta uno para qué sirven todas estas emisiones que nadie oye… Termina uno dudando de la existencia de Radio Mundial…

A medida que hablaba se incrementaba su acento español, al principio imperceptible.

—Termina uno por dudar de la realidad de esta ciudad y por preguntarse en qué punto del mapa se encuentra: ¿España? ¿Africa? ¿El Mediterráneo?

Acababa de darme cuenta de que había cerrado la puerta de mi piso y que había olvidado llevarme la llave. Y eran casi las dos de la mañana.

—Llega uno a dudar de su lengua materna y de la propia existencia… Jimmy, usted vive en Mercedes Terrace —había pronunciado Mercedes a la española y Terrace a la inglesa— y, lo mismo que yo, escucha en este momento la llamada del muecín a la plegaria.

No, no la escuchaba. Pensaba que era demasiado tarde para llamar a un cerrajero y que no tenía otro remedio que pasar la noche fuera.

—Y te preguntas si estás en Londres, en Madrid o en El Cairo. ¿No tengo razón, Jimmy? Le da a uno vértigo…

—Así es, Carlos.

—En estos momentos, a través de la ventana, miro el pedestal vacío, en

medio de la explanada… Jimmy, usted me ha hablado tan a menudo de ese pedestal vacío… Sí, es como una imagen de esta ciudad, de Radio Mundial, de la vida de todos nosotros aquí…

—¿No le parece que es un poco tarde para hacer metafísica, Carlos?

Lanzó una risita, muy breve.

—Tiene usted razón… No sé qué me ha dado para ponerme a hablar así… No es mi costumbre…

Después de Mercadié, después de Sirvent, ¿iban los demás colaboradores de Radio Mundial a confiarme sus estados de ánimo y su malestar vital? Me sentía abrumado por ello antes de tiempo.

—Unas cuantas horas de sueño y mañana tendrá usted de nuevo su Carlos Sirvent de siempre…

Parecía más despejado. Recuperaba su buen humor.

—Y, sobre todo, no me deje usted plantado, Jimmy… Quiero un nuevo episodio de *Luis XVII* mañana a las nueve de la mañana como muy tarde.

—Sin falta, Carlos.

Le estaba mintiendo descaradamente, no iba a ser capaz de escribir aquel episodio. Y aunque lo hubiera pretendido… No tenía bolígrafo. Ni papel. Sólo la perspectiva de una noche a las estrellas.

—Buenas noches, Carlos.

—Buenas noches, Jimmy.

Anduve a lo largo y lo ancho de la avenida Villadeval. Era una hermosa y apacible noche refrescada por la brisa. No me importunaba en modo alguno no volver a casa, más bien me producía una sensación de ligereza, como si acabara de romper una última traba. Me di cuenta de que andaba descalzo. Ni siquiera había tenido tiempo de ponerme los zapatos para bajar la escalera, pero aunque me hubiera estado paseando en pijama o en bañador por la acera de la avenida Villadeval a las dos de la mañana, no le hubiera concedido mayor importancia. Además, ¿quién me obligaba a volver un día a aquel piso? Nadie.

Finalmente, me eché en el banco donde el chófer solía quedarse de plantón. Miraba las estrellas, más brillantes que otras noches. Esas luces, pensaba yo, tardan años y años en llegar a nosotros. Esto era también un

pensamiento profundo como los que me confiaba hace un rato, al teléfono, Carlos Sirvent. Luces… Años y años… Una de esas frases que te llegan en el duermevela y que te acompañan el resto de la noche. Debí dormir un rato, a pesar de mi incómoda posición en aquel banco. Y de pronto me desperté sobresaltado, pero como no llevaba reloj no podía saber la hora. De nuevo me dejé levar por el sueño. Veía la cara de la niña, que pasaba frente a mí a intervalos regulares. ¿Iba montada en un carrusel? La cara se inmovilizaba, en espera de un cliché que tomaba un fotógrafo ambulante con su aparato mantenido por un trípode. La silueta del fotógrafo se me aparecía de espaldas, como una sombra chinesca, y en contraste, la cara de la niña destacaba sobre un brillante fondo de terciopelo azul o de cuero rojo. O de hojarasca.

A veces abría los ojos. Empezaba a hacerse de día. Luces… Años y años… El sueño me había dejado en los labios otras dos palabras de las que al principio no percibía más que la sonoridad: DIFERIDO… DIRECTO… DIFERIDO… DIRECTO… DIFERIDO… antes de comprender poco a poco el sentido: términos profesionales que se usan en Radio Mundial.

Una mano me toma del hombro. Reconocí al chófer, inclinado encima de mí, el ceño y los ojos inquietos.

—¿Qué hace usted ahí?

Tenía la voz de un director de colegio que recibe uno de los escolares al volver de una fuga.

Me levanté con dificultad, debido a las agujetas. Se sentó en el banco, a mi lado. Allí estaba, silencioso y reprobador. Esperaba que le diera explicaciones.

—Salí de mi piso ayer por la noche y cerré la puerta sin acordarme de coger la llave.

Se le relajó la cara. Sin duda había temido que aquella noche pasada en el banco pudiera marcar el principio de una degradación: podía convertirme en un vagabundo y perder la dignidad, y aquello era una especie de blasfemia para la memoria de la americana.

—Me tranquiliza usted… Si sólo se trata de una llave…

Sentía cierto apuro en él. Finalmente, pareció decidirse. Con gesto brusco, buscó en el bolsillo del pantalón y sacó un manojo de llaves. Lo apretaba en la

mano. Bajaba la cabeza, los ojos fijos en el suelo.

—¿No lo tomará usted a mal? Pues mire… Tengo una copia de su llave.

—¿Una copia?

—Sí. Está escrito en el testamento de la americana. Tengo que guardar siempre una copia de la llave de su piso…

De esa manera ella seguía velando por mí de una manera escrupulosa… Me imaginaba al chófer inspeccionando el apartamento en mi ausencia, llevando un inventario de todo lo que había en los armarios, en los cajones, en el cuarto de baño… Quizá hasta ponía un poco de orden o comprobaba si funcionaba la luz, o si no había un escape de agua, antes de volver a cerrar la puerta tras él con doble vuelta.

—Espero que no se lo tome usted a mal.

—No me lo tomo a mal, de ninguna manera.

—¿Quiere que le lleve a su casa?

Destacó del manojo la copia de la llave.

—Primero podíamos tomarnos juntos un desayuno —le dije.

Seguimos por la avenida Villadeval unos cien metros hasta localizar un café abierto. Nos sentamos a una de las mesas, en la acera.

—¿Qué hora es? —le pregunté.

—Las seis y media de la mañana.

El aire me pareció de una ligereza que habitualmente no tenía. La avenida estaba desierta, como a primera hora de la tarde, en las horas de siesta, pero aquello no me provocaba la menor sensación de vacío o de angustia. El día iba a empezar, un espléndido día de verano lleno de promesas. Y después de todo, ¿qué importancia podía tener si no era más que un día conforme a los demás? Por primera vez en mucho tiempo asistía yo al principio de algo.

—Tendríamos que vernos aquí todas las mañanas —le dije.

—Si usted quiere.

Dejó la taza de café encima de la mesa y encendió un cigarrillo. Entornó ligeramente los ojos para saborear la primera bocanada.

—¿Siempre está usted de pie a esta hora? —le pregunté.

—Siempre.

Manoseaba la copia de la llave tomándola con el pulgar y el índice.

—Menos mal que estaba usted ahí —le dije—. Yo no habría encontrado un cerrajero.

—No me lo agradezca a mí, es la americana. Ella lo previó todo.

Tragó una nueva bocanada del cigarrillo y, con la nuca ligeramente inclinada, exponía el rostro a los primeros rayos del sol.

Me acompañó hasta la librería del edificio Edward's Stores donde tuve la suerte de encontrar, entre los libros rebajados, un antiguo plano de París y su área suburbana. Cuando llegamos al rellano de mi piso me abrió la puerta con la copia de la llave y se la volvió a meter en el bolsillo.

—Hasta esta noche —me dijo.

—Hasta esta noche.

Me senté ante la mesa de bridge, donde escribo *Las aventuras de Luis XVII*. Tenía la certidumbre de que a las nueve en punto oiría el timbre del teléfono del edificio. Sirvent llamaría sin parar para reclamarme el nuevo episodio del serial. Le creía capaz de venir personalmente a llamar a la puerta de casa. Pero no iba a responder. Puede esperar uno o dos días. Y Luis XVII también.

* * *

Lo que se me ha quedado en la memoria, sobre todo, es el último día, a pesar de que hay detalles cuya exacta cronología no consigo establecer. Sin duda porque nos quedamos en la misma zona, un perímetro bastante estrecho al este de París: Saint-Maurice, el bois de Vincennes, la Porte Dorée… Aquel día que pasé con Rose-Marie y la pequeña marca una ruptura en mi vida… Después penetré en lo que no hay más remedio que llamar la edad adulta.

Había comprado el plano de París y alrededores en el Edward's Stores para desplegarlo ahora en la mesa de bridge y tener bien a la vista la topografía de aquellos lugares. Desde entonces no he vuelto nunca a ese barrio. Y antes del día aquel no lo conocía muy bien: conservaba un vago recuerdo infantil del zoo, del acuario del museo Colonial y del golf miniatura del lago Daumesnil.

¿Cómo se desarrolló aquella tarde? Almorzamos con Rose-Marie en el comedor de los estudios de Saint-Maurice, la niña y yo.

He acompañado allí tantas veces a mi madre que temo que los recuerdos se solapen y se me mezclen en la memoria. ¿Pero qué estaba haciendo Beauchamp con nosotros? A primera hora de la tarde, la niña, Beauchamp y yo estamos sentados a una mesa de la terraza del Chalet de la Porte Jaune, en el bois de Vincennes.

¿Era al salir de los estudios de Saint-Maurice? Supongo que nos llevó a todos en coche hasta los estudios y almorzó con nosotros en el comedor. Después nos trajo de vuelta a París. Nos detuvimos en el Chalet de la Porte Jaune. Pero entonces, ¿por qué aquel largo paseo que hicimos la niña y yo juntos, entre Saint-Maurice y la Porte Dorée?

Beauchamp está sentado frente a nosotros, durante unos breves momentos, en una de las mesas de aquella terraza del bois de Vincennes. La niña ha dejado la pelota blanca que nunca abandona entre las patas de su silla. Beauchamp le pregunta qué quiere tomar. Y la niña me mira y me lanza una sonrisa cómplice, antes de decir:

—Una granadina.

No puedo dejar de mirar por un instante a Beauchamp. Fuma un cigarrillo. También me pregunta a mí qué quiero tomar. Acude el camarero y le dice:

—Una granadina para la señorita. Un zumo de naranja para el señor. Y un coñac para mí.

Echa una mirada pensativa en torno suyo. Hace sol, pero hay pocos clientes ante las mesas de la terraza. Observa el edificio del restaurante.

—En el fondo —me dice— es una especie de réplica del Pré Catelan… ¿No le parece?

¿Por qué he retenido una frase anodina como aquella en lugar de otra cualquiera? Todavía oigo la voz de Beauchamp y consulto el plano desplegado encima de la mesa de bridge. Tenía razón. Toda aquella zona del este de París no es más que una réplica, más turbia y triste, del oeste. Bois de Boulogne. Bois de Vincennes. A ambos lados hay hipódromos, pero en el este es para los trotones. Y aquel Chalet de la Porte Jaune en que nos encontrábamos, Pré Catelan para asentadores del mercado en su jubilación, para noches de bodas

y sencillos romances…

—La granadina para la señorita…

Beauchamp señalaba con el índice a la niña, al traer las consumiciones el camarero.

Y entonces desaparece para siempre. Me gustaría quedarme todavía un rato con él. Aún conservaba encanto, a pesar de aquella degradación que una imagen me evoca: su silueta inmóvil, bajo la lluvia, en la rue Blanche. Por lo poco que sabía de él, había conocido un período más brillante. Me hace pensar en mi padre y en los amigos de mi padre: los mismos gestos, la misma voz, el mismo pelo negro en ala de cuervo hacia atrás, el mismo desparpajo, los mismos recursos, la misma vida incierta… Es a mi padre a quien veo de lejos, por última vez, ante su coñac y su agua, solo, en la terraza del Chalet de la Porte Jaune.

La niña y yo anduvimos a pie desde los estudios de Saint-Maurice. Íbamos por la avenida que bordea el hipódromo. A continuación hay casas de postín, casi hoteles particulares que se suceden en el límite de Saint-Maurice, de Charenton-le-Pont y del bois de Vincennes. Aquello ya es el área suburbana… Pero el sol de aquella tarde de junio envolvía con un encanto la avenida y las casas, el encanto turbio de Beauchamp, de mi padre y de sus amigos. Hasta me acuerdo de haberle preguntado a la niña:

—¿Qué tipo de gente crees tú que vive en estas casas?

Yo pensaba en extranjeros enriquecidos, en grandes tratantes de vino que aún poseían depósitos en Bercy, en entrenadores de trotones, dada la cercanía del hipódromo…

—¿En estas casas?

Me miraba fijamente con el aire desconcertado de un niño al que le acaban de plantear una pregunta de persona mayor.

—No tiene importancia —le dije—… Qué nos importa a nosotros la gente que vive en estas casas…

Le rodeé el cuello con la mano en el momento en que atravesamos la calle, y otra vez se puso a botar la pelota en la acera.

Estábamos en la orilla del lago Daumesnil. Tal vez debería haberla llevado a remar o a jugar al golf miniatura. O a hacer una visita al zoo. Pero

no parecía aburrida. Se sentaba en un banco, a mi lado, miraba a su alrededor la gente echada en el césped o que remaba en las barcas. Y botaba la pelota, andando cada vez más aprisa, hasta que se le escapaba de las manos.

Aquella tarde la observé por primera vez. El ruido de la pelota blanca contra la acera se añadía al brillo de su cara y sus ojos. Lo mismo que la frondosidad del bois de Vincennes donde aquel rostro, hoy día, aparece claramente destacado en mi recuerdo, más que sobre el fondo de terciopelo azul o de cuero rojo.

Íbamos andando. Le encontraba parecido con Rose-Marie. Pero a menudo los niños son de calidad superior, ya que en ellos una alquimia misteriosa ha transformado o anulado los defectos de los padres. Lo que había permanecido como esbozo en Rose-Marie alcanzaba en aquella niña su punto de perfección. En primer lugar, su rostro me parecía más fino y luminoso que el de su madre. Además, los saltos de humor de Rose-Marie, su angustia bovina sin causa aparente, su desequilibrio, todo aquello se convertía en armonía, gracia y delicadeza, en su hija.

—¿Y tú, qué piensas hacer en la vida?

Pero no oyó mi pregunta.

Poco antes, en Saint-Maurice, Rose-Marie me había dicho:

—Tienes que llevar a la niña a casa de mi hermano. Se va de vacaciones con él.

Y al preguntarle la dirección de aquel hermano cuya existencia había ignorado hasta ese momento, me había contestado:

—Es en la Porte Dorée. La niña conoce el camino.

Pasado el museo Colonial y las grandes fuentes, atravesamos el cruce de la porte Dorée. En efecto, la niña sabía el camino. Me condujo ella misma hacia un grupo de edificios que se levantan hacia el lado izquierdo del cruce y que bordean el parque.

Durante el camino me había hablado de su tío, llamándole unas veces Yvon y otras Jean-Jacques, hasta que le pregunté cuál de aquellos nombres era el suyo.

—Los dos. Se llama Yvon-Jean-Jacques.

Quise saber dónde pasaría las vacaciones con aquel tío… ¿o tal vez

padre? Había ese tipo de zonas de sombra en la vida de Rose-Marie… Pues bien, Yvon-Jean-Jacques iba a llevarla a una playa en los alrededores de París. Ya había ido allí con él varias veces. Y con la descripción que me hizo del lugar, he podido encontrarla en el mapa: una playa fluvial a orillas del Oise y en la linde del bosque, con pistas para montar a caballo, chalets y pontones, en algún sitio entre Boran y Lamorlaye…

Las ventanas del edificio de su tío daban al bois de Vincennes y a la plaza de la Porte Dorée. En la planta baja, un café: La Potiniere du Lac. Nunca olvidaré el nombre de aquel café.

Atravesamos el portal y al pie de las escaleras del edificio le dije a la pequeña:

—Sube tú… Yo voy enseguida… Voy a buscar tabaco…

—Pero si tú no fumas…

Llevaba la pelota entre el brazo y la cadera. Fruncía el ceño. Tal vez comprendió en ese momento que yo iba a desaparecer de su vida.

—Sí… sí… ahora fumo —balbucí.

—Entonces, subes enseguida a casa de mi tío… Tercer piso a la derecha.

—Tercer piso a la derecha.

Sonrió.

Me quedé unos instantes en el hueco de la escalera. Escuchaba los botes regulares de la pelota contra los escalones mientras subía. Después, un lejano timbrazo. Una puerta que se abre y se vuelve a cerrar.

Entré como un sonámbulo en el café de los bajos del edificio, que se llama La Potiniere du Lac, y pedí maquinalmente un paquete de gauloises azules. Pero no vendían tabaco.

Eran las siete y media de la tarde. Desde la ventana le hice señas al chófer, sentado en el banco frente al edificio, de que iba a salir.

—¿Se ha recuperado usted? —me dijo cuando llegué junto a él en el banco.

—¿Recuperado, de qué…?

—Debía estar usted muy cansado después de pasarse la noche al sereno…

Me ofreció un paquete de cigarrillos y yo no sabía si fumaba o no. Cogí uno, por si acaso, y me lo encendió con su mechero. Pero a la primera

bocanada me puse a toser.

—¿Se va usted a quedar en casa esta noche?

—No.

Esperaba que le diera, por iniciativa propia, detalles sobre el empleo de mi tiempo.

—Voy a bajar al barrio del Fuerte —le dije.

—¿Va usted al baile y a los fuegos artificiales?

Se dio cuenta de mi sorpresa.

—Hoy es San Javier.

San Javier; así se llamaba la fiesta de la ciudad, pero por lo que he podido comprender aquello no tiene ninguna relación con el santo de ese nombre.

Creo que aquella noche es sobre todo un homenaje a Javier Cruz Valer, cuya estatua cubrían de flores. Y sin embargo he leído en alguna parte que aquí se festejaba el día de «San Javier» mucho antes de que naciera Cruz Valer… Nadie había podido explicarme el verdadero origen de aquella fiesta. Ni siquiera Carlos Sirvent.

—Entonces, ¿va a celebrar la fiesta de San Javier?

—No exactamente —le dije yo.

Quiso acompañarme ya que era su deber —me dijo— respetar al pie de la letra las últimas voluntades de la americana. Y yo prefería aquello mejor que ir solo.

Tomamos los dos el tranvía y bajamos en la parada del Fuerte. Los pies de la estatua de Javier Cruz Valer estaban cubiertos de ramos de adelfas y buganvillas. Me pregunté si también habían puesto flores arriba, frente a Radio Mundial, en el pedestal vacío.

Había mucha gente ya en la plaza Lusignan que atravesábamos el chófer y yo. Unos desconocidos nos detenían con la mano tendida y teníamos —según la costumbre— que apretársela diciendo: «Feliz día de San Javier» en español, en francés o en inglés —aquello carecía de importancia. Pero detrás de la plaza Lusignan, las callejuelas aparecían vacías y tranquilas.

En la placita, frente al hotel Alvear, escuché el murmullo de la fuente.

—¿Va a tardar usted mucho? —me preguntó el chófer.

—No lo sé.

—Le espero fuera.

Franqueé la puerta del hotel. El hombre de la camisa de satén verde se encontraba tras el mostrador de la recepción, bajo el ventilador cuyas grandes palas giraban lentamente.

—Busco una de sus clientes… Una chica con un bolso de paja…

Me miró fijo a los ojos.

—¿Se refiere usted a su sobrina, caballero?

—Sí. A mi sobrina —balbucí yo.

—Aún me debe dinero. Hace diez días que no paga la habitación.

Saqué del bolsillo de la chaqueta dos billetes de cien dólares.

—¿Es suficiente?

—De sobra, caballero.

—¿Está ahora?

—No, caballero.

—¿No sabe usted cuándo regresará?

—No. Va… Viene… Va…

—¿Y cree usted que estará mucho tiempo ausente?

—Nunca se sabe, caballero, con una sobrina como la suya.

Había cruzado los brazos encima del mostrador y me consideraba con mirada suave y pensativa.

—Lo mejor, con una sobrina como la suya, es esperar. No hay nada que hacer, más que esperar…

Se diría que hablaba por experiencia. Debido a su oficio, tal vez, no había dejado de esperar en toda su vida, tras el mostrador de una recepción, bajo un gran ventilador.

—No espere usted aquí… No es cómodo… Lo mejor es que espere usted en la habitación de su sobrina…

Se volvió hacia los casilleros de madera y con rápido movimiento me tendió la llave, sin darme tiempo a decir nada.

—Tercer piso… primera puerta a la derecha…

Me conducía hacia la escalera. Se detuvo al pie de esta. Subí los primeros escalones.

—Y feliz día de San Javier, caballero.

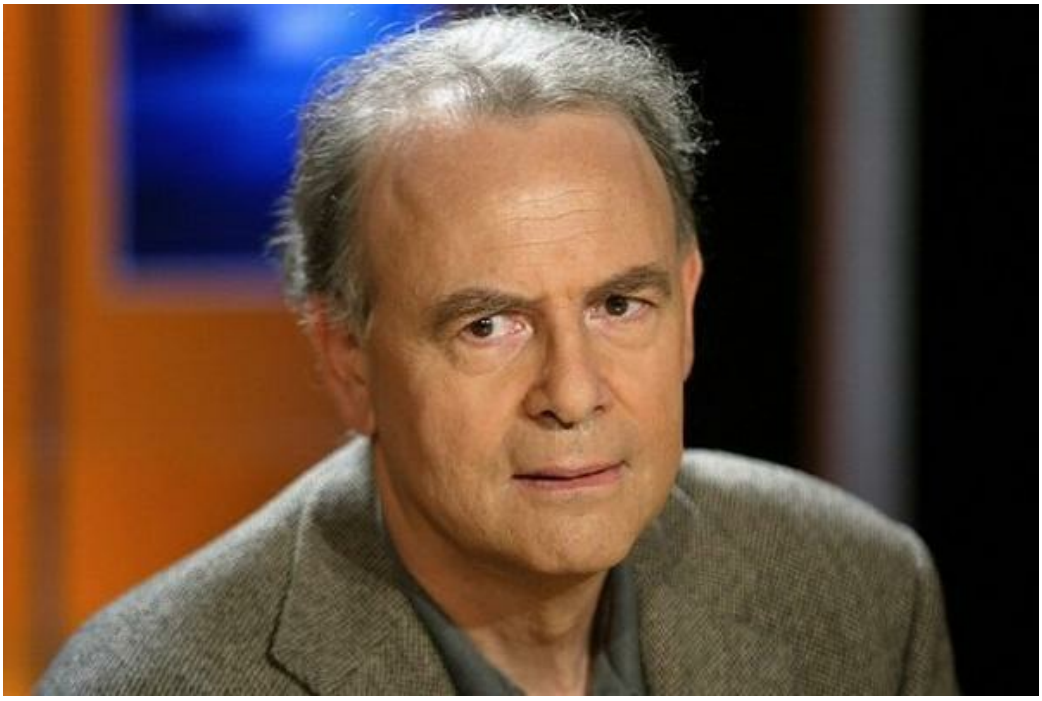
La habitación era semejante a la del Moncey Hotel. La misma cama de barrotes de cobre, el mismo cabecero de madera clara. Una maleta, al pie de la cama, que no contenía más que un par de zapatos negros de talón y hebillas, un sostén y el jersey de rayas azules y blancas que llevaba cuando la vi con Mercadié, en Radio Mundial.

Abrí la ventana. Aún era de día. El chófer, sentado en el reborde de la fuente, en medio de la plaza, estaba fumando. Ningún ruido, excepto el murmullo del agua que fluía de la boca de los tritones. Acaso iba a aparecer, con su gran bolso de paja en bandolera, atravesando la plaza hasta la entrada del hotel. Era la misma luz de día que termina, en verano, cuando yo vigilaba a la niña desde la ventana de casa de su madre, mientras botaba la pelota en la acera de la avenue Junot.

Todo se confundía en un fenómeno de sobreimpresión —sí, todo se confundía y se convertía en algo de tan pura y tan implacable transparencia… La transparencia del tiempo, como habría dicho Carlos Sirvent.

No estaba allí para burlarse amablemente de mí y reclamarme un nuevo episodio de las *Aventuras de Luis XVII*. Y de nuevo experimentaba yo aquel sentimiento familiar de vacío que se apoderaba de mí en la hora de la siesta, al sol, al pie de la estatua de Javier Cruz Valer.

La plaza aparecía tan desierta como las calles y las plazas de la ciudad a primera hora de la tarde. Caía la noche. Vi cómo rompía el aire el primer haz de fuegos artificiales. Siguieron otros haces, que se desplegaban cada vez más alto en el cielo. Centelleantes. Y silenciosos.



PATRICK MODIANO nace en Boulogne-Billancourt el 30 de julio de 1945.

Hijo de una actriz belga y de un hombre de negocios italiano, creció entre Jouy-en-Josas y la Alta Saboya. Las ausencias repetidas de sus padres le acercan a su hermano mayor, Rudy, que muere a la edad de diez años. Tras aprobar la selectividad, decide dedicarse plenamente a la escritura.

Sus primeras obras giran en torno a la ocupación nazi y el colaboracionismo (*El lugar de la estrella*, galardonada con el Premio Roger Nimier y el Premio Fénéon, *La ronda nocturna* y *Los paseos de circunvalación*, que constituyen la *Trilogía de la ocupación*). En 1978 obtiene el Premio Goncourt por *La calle de las tiendas oscuras*, una novela ambientada en la Segunda Guerra Mundial, y en 1984 recibe el Premio de la Fundación Pierre de Mónaco por el conjunto de su obra. En castellano, entre otras, también se han publicado *Domingos de agosto, Viaje de novios, El rincón de los niños, Las desconocidas, Dora Bruder* y *Joyita*.

Aunque el reconocimiento cumbre de su obra no puede ser otro que el premio Nobel de Literatura 2014. La Academia sueca argumenta que concede el

premio a Modiano *por su arte de la memoria con el que ha evocado los destinos humanos más difíciles de retratar y desvelado el mundo de la Ocupación*.

Y es que, este gran autor, de una extremada sensibilidad, describe en sus ficciones la búsqueda de la propia identidad, que oscila entre el recuerdo desgarrador y la tentación de la amnesia benéfica.

Notas

[1] En español en el original. <<

[2] En español en el original. <<

[3] *Sic*, en el original. <<

[4] Este último, *sic* en el original. <<